

AZUL OSCURO

Edición 1

2
0
2
3

AUTORES
GANADORES DE LA
CONVOCATORIA

CUENTOS
POESÍA

LOS RECUERDOS
DE LO
QUE FUIMOS

Revista Literaria digital

Revista



AZUL
OSCURO

Agradecimientos a todos los autores que participaron en esta primera edición de la revista literaria digital; es un orgullo tenerlos aquí con sus letras y el talento internacional que se encuentra publicado.

Gracias.

DIRECTOR Y CREADOR: Juan Ordoñez

2023

Azul Oscuro es una Revista Literaria digital de nacionalidad colombiana; es un proyecto independiente que tiene como propósito darle la oportunidad a nuevos artistas.

Esta es la primera edición que se realiza así que nos encontramos motivados y a la expectativa con estos increíbles autores. Azul Oscuro busca ser un espacio accesible para lectores y escritores.

Para esta primera convocatoria se contó con la participación de más de cien autores nacionales e internacionales de los cuales se han elegido aproximadamente cuarenta, a quienes agradecemos su motivación y compromiso.

Nos alegra poder disfrutar de su talento.



Rolando Reyes López	7
Kiti Fioli	9
Marisela Orellana	11
Mariana Dafne	14
Enrique Gonzalez	16
Margory Vásquez	17
Antonio Ramírez Córdova	18
Aldo Méndez	19
Ángel Hernández	20
José Aristizábal	21
Yessika Rengifo	22
Leila Ovando	23
Claudia Saquicela	25
Mayerling Rojas	26
Disny NT	27
Ivo	28
Juan Gaviria	29
Karen Alexandra	30
Panoplia	31
Esther Haro	32
Teresa Delgado Carmenates	33
Rusvelt Castellanos	34
Eduardo Barragán	35
Ezequiel Olasagasti	38
Luis Cabrera Martínez	42
Ernesto Issac Osorio	44
Andrés Ballone	46
Jorge Rolando Acevedo	48
Rocío Prieto Valdivia	49
Manuel Toranzo Montero	51
Malena Martos	57
Jorge Correa Angulo	60
Tania Rocha	61
Eloy Kaminski	64
José Baroja	67
Felimar Lepage Contreras	72
Julián Galeano Izquierdo	75
Isa Hdez	79
Baldiney Morales	82
Jorge Picazo Carrillo	88

Los recuerdos de lo que fuimos

Recuerdo todo lo que he sido y lo que me ha traído hasta aquí, tengo en memoria cada una de las cosas que he logrado observar con mis ojos y las tomo como si fueran hojas secas que cuidar. Estoy aquí, después de mucho tiempo, haciendo memoria de todo aquello que desapareció sin despedirse y entendiendo que el tiempo pasa sin aviso previo.

Estoy yo aquí, recordando, sin dolor y sin amargura, entendiendo que soy parte de la historia y el viento.

Poemas

IGUALDAD DE CONDICIONES

Mi alma es como una casa antigua,
recuerda todo,
desde el llanto del primer nacido bajo sus mantas
hasta la ubicación de los retratos
según vayan falleciendo.

Mi alma ya no es la de antes,
la que podía ver las estrellas
o quizás más lejos:
adonde el tiempo compartía lugar
con algún secreto embarazoso.
El camino a casa desapareció
incluso, las murallas construidas tras el siniestro
y así, igual de ausente iba hasta ser lo que es:
Un ángulo impreciso, surreal, tonto
bebido hasta la última gota
por la garganta de alguna forastera
para luego drenarse en las huellas de un río.

Mi alma, como la casa antigua,
no teme a la metamorfosis
ella comprendió que no hay nada tan valioso
como una retirada,

que también es imprescindible
recordar un beso
hundiéndose entre sus pedestales,
mientras cruzaba el estrecho margen
que lo separaba.

Como la casa antigua renuente en derrumbarse
mi alma incluye en su universo
al planeta deshabitado,
al poema que nadie quiere traducir,
a los temas agotados,
el mar que ya no agita sus aguas,
y a las criaturas del bosque
que no tienen donde refugiarse.
Casa antigua al fin
mi alma recuerda todo;
sin embargo, no recuerda que haya muerto.

TÚ ANTES QUE YO

Te recuerdo lejana como a lo más distante;
tu intenso perfume de oasis rodeando mi corazón;
a nosotros protegidos por la estrella viva;
a las hojas secas
y los temblores que vienen del fondo;
nuestro pasado y sus objetos inusuales;

la fórmula de tus preguntas inocentes
los amores inquietos con secretos fogosos;
la mirada vacía
en los márgenes de un río soñoliento,
y la juventud
con que tomaste esta edad de medio siglo.

Recuerdo la sonrisa silenciosa de un ave
cuando te veían llegar;
la ciudad avergonzada
por el duelo de los relojes;
y mi lentitud de movimiento;
a través de la noche que otros recuerdan.

EL HIJO DE LOS RECUERDOS

Vengo de la tierra que nadie recuerda,
nadie quiere tocar su cuerpo,
mi amor no viene de esa desesperanza,
por los caminos que paso,
a menudo surge una planta
y un silencio que no teme a la ruptura del aire.

He vivido antes los recuerdos
que ahora me obsequia el universo,
quiero ser parte de ese cosmos

que aprecie el repaso sutil de mi memoria.

Puedo volver a la vida, sentir miedo de ella,
estar solo frente a sus recuerdos,
aunque realmente no estaré solo nunca:
la soledad prometió estar a mi lado.

Algunos dicen que lo sabían, pero no es así.
No soy el amor ni el mar ansioso,
las cuerdas de una guitarra tiemblan
con la misma precisión del pasado
que poco a poco me abandona.

Soy necesario, pero nadie desea mi poesía ancestral,
sin embargo, no estoy alegre ni triste,
me engaño con ese juego inocente.
¿Y si fuera yo el otro que no me recuerda?,
de serlo, la suavidad del crepúsculo sería eterna
como la insistencia de muchachas tímidas
que me extienden una flor todas las mañanas.

Nadie recordará que estuve aquí; no sé precisarlo,
pero las tormentas del tiempo se encargarán
de que siga siendo de esa manera.
No quiero menos a nadie,
no puedo decir nada a mi favor,

estoy lejos, demasiado lejos.

Escuché mi nombre en otros labios, no lo reconocí;
la muchacha me pide un lugar en este poema,
ella ha perdonado mis errores y destrozó este poema
que tampoco me recuerda.

¿Qué es este instante de pensarte
sino un impulso por echar a andar el rodaje del recuerdo?
¿Qué es el recuerdo sino el portal que los anhelos
gritan desvincijados en el irse perpetuo?
¿Qué es esta poesía sino el sitio gastado donde amanezco
otra vez trazando un sentido sobre lo real de lo mítico
para sobrevivirme a lo que no resisto?

Siempre hay un siempre para conquistar un momento
un trazo de vida en la postal del ayer
capturas melancólicas de lo que fui
y lo que hizo de mí el azar.

Lo que el deseo abre en su caja vacía demandante
de volumen ecléctico el placer de la carencia exaltante
otra vez luciendo el pulso de las ansías

A esta hora en el inventario del incesante calendario del tiempo
escribo un zumbido de palabras sin hechos
para tocarte.

Lo que no tengo me propala en propiedades distantes
es siempre la ocurrencia del deseo
una ansiedad que se disloca en el sentido de los días.

La fisonomía proximal de tanto anhelo salvajemente sujetado
en la psicopatía maniatada el temblor de las manos que acarician
partes repartidas del silencio entre las cosas que callo
es una flor socavada por el cambio de la estación
la ultranza del tiempo que nadie sabe detener en su propia
pulpa imperecedera.

La brújula impertérrita que llama para despertarme
un poco más a la vigilia desde el plano espacial de la piel nostálgica
lo insignificante del vivir se empaña
ante su magmático resplandor vital.

Algo del entendimiento siempre nos engaña
y es difícil acertar y arrestar el plexo
en el paroxismo apresurado del deseo
Y es difícil enjuiciarlo con estrados de palabras y cálculos.

¿Qué es una definición sino un aprieto nominal en el artificio
mecanizado de la razón?
bajo sospecha levanto el ánimo de señalar el deseo es histórico en su
deseo mismo y nada puede volver legible su historia
porque nadie puede oponerle otro deseo al deseo
¿Quién puede destruir una ausencia
sobre su inestable presentimos?

RES EXTENSA COGITADA

Desmedido en mis extensiones del yo,
entre la literatura de las horas de cuántas tarde viví,
esta es especial.

Lo que hace un recuerdo en la cíclica memoria que tantas veces olvido,
mi madre vuelve a coser ropa cerca de la ventana de mi niñez.

La casa tiene el calor de las cosas que ya desconozco,
pero me invade una dimensión que me hizo parte de un reino crecido en el cariño.

La nostalgia tiene de mí, guardado en ese cofre que los metales y las maderas ignoran.

Esos minerales que toda tabla periódica nunca sabrá.

El episodio de un recuerdo me puede salvar,
encender un ánimo no herido en el desvarío de la hipertensión social.

La reacción que anima a seguir debajo de los pulsos hostiles
como un malabarista hambriento practicando
en la tenacidad de la intemperie planetaria.

Un recuerdo que abre la flor de otras flores sentidas,
reavivar el beso perdido del rostro que fuimos

Un recuerdo que vuelve, tal vez no tan igual que antes
pero vuelve a repartir los dones de la vitalidad que pasan
como pasan circunstancias desatendidas.

Como pasan jaulas en esta encerrada sin razón
que soy

en la expansión hacia el pasado que puedo encontrar
para hacerlo presente.

INFANCIA

Que felices fuimos de pequeños, con nuestras rodillas llenas de raspones
Nuestra ropa hecha un desastre producto del juego del día.

Fuimos tan felices que ni lo sabíamos

Correr bajo la lluvia era mil veces mejor que una moneda,
Jugar a las escondidas resultaba toda una aventura... y encontrarlos a todos nos convertía
en el mejor buscador del mundo

Cuando se nos cayó nuestro primer diente y no reír por pena a que se burlaran de nosotros,
claro que eso dejo de importar cuando nos acostumbramos al cambio
Nuestra primera lectura en la escuela, nuestra primera escritura mas o menos legible

Reunir a nuestros amigos para jugar al gato y el ratón, regresar a casa con entusiasmo para
ver nuestra caricatura favorita y luego comentarla por horas y horas con todos

Pelear por dulces, llorar por cosas que ahora no tienen sentidos
Soñar con ir a la luna y comer de ella (porque a esa edad era de queso)
Hablar con nuestra mascota, llorar por perder nuestros juguetes

¿Recuerdas todo eso?
La felicidad que teníamos, lo ricos que éramos solo por tener amigos verdaderos

Ir a la tienda solos no se comparaba con la adrenalina de tocar la puerta del vecino y correr
como si nuestra vida dependía de ello

Ofrecer ayuda y que te tomaran en cuenta era como encontrar una olla de oro al final del
arcoíris

Correr por nuestras vidas porque el perro de los vecinos nos escucho cuando jugábamos a
no pisar la raya del camino

Soñar todo el tiempo con ser defensores de los animales abandonados, reír como nunca de
un mal chiste...

Decir te quiero con la mas grande sinceridad

Era todo tan perfecto y lo disfrutamos tanto que no supimos cuando ni como pasamos de
una infancia sin preocupaciones a una adolescencia difícil y mucho mas aterradora que ir al
baño con la luz apagada

MARCAS

De las marcas del corazón yo puedo contarte una cuarta parte de las estrellas
Puedo describirlas como las aguas de los océanos

Pero no te asustes que hoy no vengo a contarte tragedias ni cicatrices
Vengo a para contarte mis marcas, mis alegrías, mis recuerdos... las alegrías de mi corazón
Mis marcas tienen nombres, fechas, años, lugares
Son todo lo bueno

Son abrazos, besos, palabras, regalos consejos;
Mis marcas son poemas, son canciones y películas empalagosas y rudas

Son las ganas de ser mejor
Las sonrisas de mi madre
Los abrazos de mis amigos
Mi familia

Mis marcas están aquí dentro resguardadas en la bóveda que es mi pecho
Son todos los recuerdos que se han juntado para hacerme escribir

Esas marcas del corazón que no poseen valor económico, sin embargo, son tan grandes
como el océano e incomparables como las estrellas

RECUERDO

Hoy me dio por extrañarte,
Por revivirte en mi mente y corazón
Te permití hacerme sonreír

Hoy regresaste a mi y fue como si nunca te hubiese ido

Me permití abrazarte
Dejar que todo fuera como antes, reímos, jugamos y hablamos

Hoy tu recuerdo me susurro canciones

“Eres demasiado buena para ser verdad” canto.
Sentí que el tiempo no había avanzado, que la absurda pelea nunca paso

Hoy sentí tus labios contra los míos, sentí estallar mi corazón

Tu recuerdo me confeso que me extrañas
Dijo que nada es lo mismo
Tiene razón nada es igual, sin las bromas y charlas sin sentido que solo tu y yo entendemos

Hoy tu recuerdo quiso volver

Tuve que negarle la oportunidad porque no puedo vivir de la fantasía

Me dolió decir adiós, pero sabemos que fue lo correcto

Perú

DIVAGACIONES EN TU AUSENCIA

La razón de pensarte ahora en tu ausencia es besar el desierto bajo la luna destruida, herido como el corazón de este servidor que anhela el fuego de tus ojos desiertos.

Ahora que no estás, pienso cruzar el abismo, que distancia los anhelos bajo la tempestad de verte en el lecho que nos cobijó el fuego, donde nos incineramos y resucitamos vivos.

Pienso dejar el laberinto de aquel frío infinito, como tu voz retumbando cada cruel intersticio, pidiendo que te encadene a mis sollozos oscuros, aquel océano furioso bajo el etéreo plenilunio.

Si tan solo vieras la razón de los tristes suspiros que lanzan los latidos de este caballero ardido a la belleza helena de tu figura bajo la sombra de los viajes dulces y bellos del tiempo vivido.

ANTE TU PARTIDA

Fiel compañera, viste cómo llora el crepúsculo, como si sus lágrimas deslizaran ríos sacrílegos, donde me hundo hasta perder la conciencia, y te busco en el profundo abismo de tus horas.

Ahora que el desierto ahoga los suspiros rojos de tus labios marchitos como flores carnívoras, que han devorado la fe en un digno amanecer a tu lado, como en los tiempos remotos de la fe.

Cuando mirabas a través de los impulsos ciegos y yo te miraba en la claridad de tu pecho florido, ambos frente a frente como ante el espejo puro, como dos sombras que se difuminan ante el sol.

Amiga leal, te has ido, y no escucho sino ruidos que hieren los tímpanos que idolatraban tu voz, aquella diosa camuflada en lo etéreo y lo divino y en la más bella de las reencarnaciones del fuego.

EL CANTO DE LAS SOMBRAS

Como un déjà vu, viví a tu lado un par y varias veces con la fuerza de una locomotora que cruza el desierto de ardiente azul, al pie de un océano de universos ignívoros, que encendían la llama de la flecha y estocaban el dulce pecho que resistía a tu fuego, calcinando la hoja y la pluma gris, que pintaba los bellos tonos de tu mirada, tu sonrisa y tu voz, como la obra más importante de las ninfas, que los hombres admiran con devoción ardiente del vidente con sus visiones del pasado, futuro o presente, advirtiéndolo en la verdad de los sueños y de las sombras límpidas.

PLANETA TIERRA

Al alba me encontré un caracol
que murmuró al oído un sollozo
que me sonrojó.
Marte parecía mi rostro,
rojo como una sandía
mi inalcanzable suspiro recobró
su angustia;
el sol no había salido aún,
y yo, pues yo
pensando nomás...
La inmortalidad del cangrejo se
apoderó de mi luz,
yo pensando en la daga
avasallante
arrasadora del jardín.
Montes que antes eran verdes,
se tornaban oscuros,
oscuros
como la oscuridad de un aullido
de lobo.
El mar que antes fuese azul
o verde esmeralda,
se tornaba blanquecino y sin color,
sin brillo y sin sol.
Las aves existían sólo en mi
mente,
y las nubes
papaloteaban en mi jardín.
De pronto, una multitud
golpeaba mi cabeza
eran como unicornios
cabalgando en mi cerebro.
La tierra parecía desierta,
la gente buscaba
y buscando no se encontraba a sí.
Imaginé qué pasaría en unos años,
cuando el agua fuera desechos
de la basura cotidiana
de una ciudad,
y la tierra

arcilla moldeada
de monstruos sin esperanza.
Sólo la chispa
de un colibrí enardecido
podría desatar la furia del dragón
que a mordidas
se comería al intruso.
El intruso soberbio
que fue capaz de sobornarnos
y salir huyendo
para sonreír después
quedando como
ilusión nada más...
La ilusión de ver otro amanecer
con el llanto reflejado en los ojos.
El azul de sus ojos me lo
confirmó... no sería jamás
nunca más...

DE ADOLESCENTE

Temo que se me estén acabando
las palabras;
el perro muere,
mientras la niña llora.
Un hueso ha roto,
descubre la vacuidad de su vida,
la soledad se carga en su espalda.
Se siente vivida,
lo suficiente
para... un cuerpo alcanza;
la llaga del amor descansa
como una lanza en su pecho,
la sangre hierve,
el corazón cosido
no puede hablar.
La luna llega,
el sol se va,
la noche muere,
el día se va.
Él,
la estrecha en sus brazos
un apapacho anuncia el dolor
la resurrección
encarnó sobre el animal.
Sin sabor queda el aliento,
las uñas blancas... de miedo.
Observa las venas,
no puede hablar
se siente sola
mejor se va, se aleja
con el crimen en sus manos
lluvia de sangre
corre por su cuerpo
lágrimas de mar

inundan su corazón
la calidez está muerta
por más que trata
no lo intenta
se siente sucia
es un asco,
¿tanto tiempo “hablar” de lo mismo?
Es un infierno,
abre la puerta y se asoma
un maremoto de terror.
Ella es humo, sólo así puede ser
sólo así toma formas,
lo que quiera.
Sigue su rumbo,
la mano fija en la coladera
siempre la esencia,
no tiene esencia,
La mariposa descalza
es sentimiento,
es muerte,
es conejo de luna,
qué más quisiera.
Siempre depresión, ¡carajo!
Nunca sueños realizados,
son tres besos
de pasión acabada,
rechazada,
¿por qué no diferente?
¿por qué la edad?
¿por qué igual?
¡por qué!
¡Por qué! Siempre el temor;
no tengo esencia,
no quiero escribir
siempre palabras huecas,

se acaba el sentimiento,
la sensación.
Vienen recuerdos
como olas de un...
¿por qué siempre mar?
¿Por qué no Galaxia?
¿Por qué tú?
¿Por qué no puedo componer?
¿Por qué confusión?
Muerte al Rey, muerte a la Reina,
vida... ¡vida a la Niña!
Las palabras no deberían tener un
sentido.

México

LA MEMORIA

La memoria es un discurso atroz
de nubes en el cielo:
vendaval que transita sin voz
a la orilla del tedio.
El tedio que es cauce de plumas
—plumas negras de buitre y de cuervo—,
afluente de angustia en que remas,
contra muros que ascienden al cielo.

Un recuerdo que ha sometido
a un objeto cualquiera,
es poseso de aquel sentido
que en su efecto perdiera.
Es la condena del hombre ingenuo,
que en sus brazas de fe se ciega,
en impresiones que caen del cielo,
en la ambrosía de su miseria.

Se enturbia la transparencia
del estanque maldito,
el estanque de la memoria
donde nace mi hastío.

CONTRADICCIONES

Espero encontrarme contigo en un mes,
o mejor encontrarte en un año,
para contarte que me ha ido bien,

y no quedarme callado.
Para explicarte con claridad
y elocuencia de diccionario,
que entretanto ya duermo bien,
—mi corazón te ha olvidado— ;
y aunque parezca contradicción,
como es el desprecio hacia el ser amado,
te extraño tanto en abril
como te extraño en mayo.
Espero no encontrarte nunca,
ni en abril, tampoco en mayo,
pues me he cansado de suspirar,
y esperarte desesperado.

UN MAUSOLEO

Te he construido un mausoleo
de pórtico infranqueable,
perpetuado en mi noche
por quiméricos sueños.
De corintios que rezan
—con tristeza solemne—
sobre un piso de estrellas,
bajo un lienzo imponente:
la pintura en la tela
martiriza mi templo,
en su faz hay relatos
que estremecen cual versos,
que en el eco se mezclan
con vitrales y alfombras,

colocadas a un ritmo,
y en rimadas estrofas.

Te persigo en pasillos
donde escurre tu sombra
bosquejada por sirios,
al umbral de tu alcoba.

Es la puerta de cobre,
crucifijo en la aldaba,
una pluma parece
en su ufana balanza:
en un brazo la pluma,
y en el otro una ojiva;
en tu rostro un sudario
y en el mío la agonía.

Te he construido un mausoleo,
—lo ha erigido mi alma—
de cimientos atados
a mi angustia y mi almohada.

Me gustas bañado en tinta negra,
tinta perfumada de pasión.

Guardo ese par de recuerdos firmados
libros con poesía, con historias,
sueños que me hicieron contemplar mis anhelos.

Fui espectadora de tus amores prohibidos,
amores furtivos

de esos que se disfrutaban disimuladamente
con miradas penetrantes que desbordan lujuria.

Cada una de ellas se deslizó sensualmente
en esas páginas impregnadas de vehemencia,
amantes ahogadas de locura ardiente.

Vi como matizabas tu pulso trémulo
en las páginas que revoloteaban
en tu masa gris.

Es ese spot motion
que resurge de tus letras
en la magia del aire cortado
que me provoca tu obra remarcada,
dejando huella en mi ser palpitante.

Te vi morir y revivir,
como el ave fénix resurge de las cenizas.

Te vi levitar en tus sueños marcados,
fugases poemas impregnados
con películas que en cada momento
sobresalen de tus libros.

Libros impregnados con la esencia
de hermosas doncellas
que en su momento adornaron
tus sábanas frías y solitarias.

Mis anheladas ansias de ser parte
de tu lírica es como el estallar
de capullos que florecen en mi punto G,
son esos deseos desenfrenados
queriendo apoderarse de tus entrañas.

Son letras empapadas de lujuria
queriendo revolcarse en tus ideas;
quiero bañarme en la tinta que gotea
de las páginas de tus libros.

Rasga mis vestiduras con tu pluma ardiente,
péñola que recorre sensualmente mi templo;
sé cómo un lince que asecha a su presa.

Deseo sobrepasar tus pasos,
varón de imagen engatusadoramente agradable.

Quiero reflejarme en tu mirar
mientras mis dedos acarician
tus excitantes papiros

empapados y pintados
de virginales aromas.

Estimula mi ser
sensible
con tus delicadas figuras
bañaré tu psique en pétalos de lirios
remojados en leche de coco;
que luego vestiré en laureles.
Caballero nocturno
de esta forma sabrás
cuánta admiración siento por ti.

Declama pues y susúrrame al oído
cuéntame tu historia,
déjame adentrarme
en tu arquitectura poética medieval.

Mientras la luna ilumine
nuestras rondas
y las estrellas sean fugases.

Un hermoso lago reflejará
un sinnúmero de luciérnagas danzantes.

Será el escenario perfecto
para adentrarme en tu ser alucinante.

Ilumíname con tus rayos cósmicos
y navegaré intensamente
en tus aguas primitivas.

Puerto Rico

MUNDO NUESTRO

Por este mundo nuestro
que ya no existe,
Soy el payaso triston
que camina en la noche
con su chaleco de feria.
El que repite tu canción favorita
en el inmenso silencio
y junto al libre cielo
de vida y esperanza
atesora alucinado
junto a las sombras
el mundo de los recuerdos.

REPITO TU NOMBRE

Por pisotear la lumbre
que cobijó mi luz
el ancla gris
sobre las ondas ávidas.
Por pisotear una zarza
sin voz
vientos oscuros
erizados de sombras.
Por aprender a seguir el amuleto
en la noche secreta,
de hinojos en la espada purpúrea
que parte del tiempo.
Por repetir tu nombre a medianoche
apoyado en tu ausencia y en los
recuerdos
con la palabra ensangrentada
camino como loco
hacia la sombra inmóvil
donde mi porvenir es lágrima.

RECORDARLA

Nada más triste
que recordarla a solas
delante de un espejo,
gritándole al silencio, abatido,
aplastado apresado por la luz.
la luz imperceptible,
la luz alada,
y la perenne luz
que liberta la noche
de los labios.

NIEVE

Melodías resuenan en mi mente,
líneas alternas a mis pensamientos,
la nieve cae de nuevo en mi pecho,
me golpea la crudeza del invierno.

Empieza otro villancico del ayer,
a la distancia vuelven los recuerdos,
vuelve la riqueza, lo que nunca fue,
la familia que perdí, que se fue lejos.

El calor hogareño se evapora muy lento,
inspira letras que ya no puedo escribir,
mis manos no detienen más el tiempo,
es difícil respirar, casi imposible vivir.

Clásica sensación nace en luz de luna,
brillo sobrenatural, arrebató mi alma,
los veo por última vez en las alturas,
acaba esta noche buena, inicia la nada.

MEMORIA NAVIDEÑA

La fotografía revive añejas promesas,
una navidad que aún no cicatriza,
extraño momentos que imagino todavía,
a la distancia te pienso, te quiero cerca.

Aquel festejo fue especial y cálido,
el invierno de mi corazón se derritió,
pese al frío aparente entre tú y yo,
lo sabíamos, todo había cambiado.

Intenté descifrar tu voz, tu sonrisa,
quise creer que los sueños eran ciertos,
mi alma bebió dulce placebo poético,
otra vez, añorando caricias sin vida.

Volví a abrazar aquella intensidad,
breve momento entre espíritus gemelos,
y el tiempo detuvo su andar inmortal,
dejándome la singularidad de lo eterno.

Mi recuerdo se fractura una vez más,
imagino utopías, piadosos engaños,
incluso el calor de tus brazos es irreal,
son poemas, que nunca leerán tus labios.

EL HOMBRE DEL FARO

El mar se ve tan tranquilo, calmado,
lleno de recuerdos embravecidos,
juventud, plenitud navegando al unísono,
dejo atrás mi cuerpo, anclado al pasado.

El viento despierta mi mente confusa,
aún dormida, recordando lo que no es,
y las olas golpean éste, mi primer barco,
vuelvo al inicio de mi larga aventura.

Se siente tan bien la primera vez,
listo para luchar, proteger, para servir,
defender mi nación a costa de mi vivir,
sentir la adrenalina a través de mi piel.

¡Que maravilla pertenecer a la Marina!
y ahora, anclado finalmente a esta isla,
sé que la historia se repetirá cada día,
el mar fue mi primer amor, fiel compañía.

Reviví amores, la felicidad de mi vida,
algo imposible, que vuelve en la brisa,
se que viví a plenitud, morí luchando,
elegí mi purgatorio, soy leal a este faro..

México

BAJO ESTAS NUBES

Bajo estas nubes electrificadas mis recuerdos
me asfixian al escuchar el final del verano.
Mi cuerpo puede sentirlo,
sentir que no debe estar vivo.

Y bajo estas nubes eléctricas
ni los roces del amor pueden salvarme.
Es que usan mi cuerpo sin adorarlo
y caminan sobre él como galopando
por un terreno baldío.
Es mi maldición.

Aquí había alguien que solía cuidar mis tierras.
¿A dónde fue? No lo sé.
Debió alejarse al escuchar mis gritos
o salir huyendo al ver tantas nubes incendiadas.

Si pudiera volver a verte, solera,
cambiaría esas nubes por estrellas

y estas tierras una vez más
las regaría con tu calostro.

Sé que es de tontos recordar así,
pero es que aquellas nubes cargadas de recuerdos
sólo me trae malas noticias:
estoy solo..

EL CORAZÓN DE LA DESESPERANZA

Inútil artefacto para la remembranza,
la memoria es como el viento
chocando contra el alto muro
que nos impide mirar el sol y las estrellas.
Y lo destruye todo y es ineficiente.
Su sustancia amarga, de a ratos pobre,
camina con las patas sucias
sobre nuestras inútiles cabezas.

Pero no es su culpa. Es de otro, sí.
Del recuerdo. Su endeble presencia
hace insignificante nuestra estadía
en la tierra. Faltaba menos.
Emerge del vacío como un escalofrío
o llega cual heraldo ciego y torpe
a decirnos que todo estará bien
mientras nos escucha llorar. Faltaba menos.

HACIA EL OLVIDO

No hay mayor desgraciado que tú,
pues en mi cabeza yaces muerto y frío.

Eres, sin ser deseado, la gota negra
que humecta las arrugas del pensamiento,
aquel que, desesperado y loco,
irrumpe nuestras caminatas
sin ser nombrado, Recuerdo.

Tu pulso y voluntad son
la combustión amarga del olvido.
Por eso estás lleno de contradicciones:
resucitas a cada instante,
pero al momento te oxidas y tienes frío;
vuelves en mí las aguas turbias
y en ellas te lanzas para ahogarte.

Yo deleito la institución del abandono,
tú admiras el latido de las cosas que se irán.

En cada paisaje que mis manos sueñan,
con cada objeto que mis labios dibujan...
todas aquellas cosas que caen del árbol
tú vas recogéndolas como piedras en el río
mientras yo voy quitándome la ropa
con cada paso que doy hacia la noche.

DESVANECIDO

Una mariposa acaba de bailar en mi habitación.
Era negra o quizá un bermellón oscuro, casi marrón,
le inundaba las alas mientras bailaba en su revoleo.

Retorna mi memoria a las avispas que ahora veo
manifestadas en las alas de tan fino aleteo;
las observo, las escucho, su zumbar está en el aire,

se mueven por toda la casa con sumo donaire.
Pasivas, no atacan con malicia ni por desaire;
tal vez por eso tenía tal confianza mi tío

que las tomaba por la espina, en un desvarío,
y removía el agujijón bajo el caserío;
luego, sin peligro, les ataba un extenso hilo

y a este niño decía: “cogelo, tranquilo,
ya no pica”. Yo me acercaba con sigilo,
como si todavía pudiera picarme,

y la avispa no dejaba de mirarme

quizá con deseos de poder cazarme.
También mis primos y hermanos se acercaban

y a cada uno su propia avispa daban.
El cordel en el índice amarraban
y cada uno con su animal quedaba.

Triste era su vuelo, no se alzaba,
ni aún en el aire se elevaba.
Pero ya no tenía importancia,

las dejábamos en la estancia
y, con el estómago en ansia,
nos sentábamos a la mesa.

Mediodía. Todo cesa.
La tranquilidad regresa.
El silencio une, no corta.

Ya nada más importa,
eso nos reconforta...
Se ha ido la mariposa,

el tiempo la acosa.
Se ha ido la dudosa
memoria pasada.

Se ha ido la azada,
ya no hay morada,
ya no hay más vuelo,

se ha ido el suelo.
Solo hay duelo.
Ya no hay unión.

Colombia

RECORDÉ SUS MIRADAS

Entre los silencios y los claveles
que endulzan mi vida
llenando mi alma de alegría esta ella.
Ladrona del arcoíris
que entre el celeste del cielo
arrulla mis mañanas inciertas.
Deslumbrando los sueños
enaltece nuestro amor en los sauces de la primavera.
Recordé sus miradas
himnos de mis días en las estaciones
del tiempo.

EN NOSTALGIA HAY RECUERDOS

Te miro en las azucenas
y no necesito diarios
mi idolatría hacia ti
es eterna.
Te veo en los años
y las cortinas de casa
que arrullan mi frágil corazón.
En nostalgia hay recuerdos
en los que viven los restos de mi vida
desde tu partida
amor mío.

RECUERDO

Días violetas que borran
los senderos sin vida
en noches inciertas.
Los cantos de las estrellas
porque la luna contemplaba a los amantes
del verano.

Robles jugando con el rocío de las mañanas
entre tiernas palabras de los niños
que iluminan el alma.

Recuerdo
fragmentos de vida
que aceleran al corazón
este día de tu ausencia
rosa mía.

RECUÉRDAME

Entre promesas e ilusiones,
nuestro amor sucumbió.
No pude saber a qué saben tus labios
ni el olor de tu piel en pleno verano.
No pude charlar con tus afectos cercanos,
Indagar sobre tu infancia y amores pasados.
Cercenaste las alas de un amor prematuro,
desnudaste mis miedos y los dejaste solitos.
Me queda el recuerdo de quererte bonito,
De saber que por vos me amarraba solita.
renunciando a placeres y propuestas benditas.
Me queda el deseo de que aunque pase el tiempo,
estando en el campo o entre compañeros,
amándote solo o en compañía,
me recuerdes siempre y lo todo lo que te ofrecía.
La niña de la fotografía.

Es domingo, cae la tarde, las tías alrededor de la mesa
observan a los niños
jugar. Se acerca el fotógrafo, los bonetes se aglutinan
para el retrato grupal.
El sol golpea los rostros, enrojecidos y afiebrados,
detrás, las plantas pican y
cortan la piel sin remordimiento.
En el medio la niña, observa a su madre pidiendo
acunarse, los ojos colapsan,
caen lágrimas, la piel se tuerce y su boca se ensancha. El
cuerpo se encorva, las rodillas
se unen debajo de la falda de encaje blanco. Los vuelos
del vestido se arrugan
estrangulados dentro de sus puños pequeños. La luz la
ciega, el retrato termina.
La cumpleañera es la niña que aúlla mientras si
encuentra tendida.

JARDÍN DE LA PAZ

Con el peso excedido de recuerdos muertos
y la mente ahogada en esperanza perdida,
contemplo el triste ocaso de los sueños frustrados.
Se aglutina en mis ojos el veneno traslúcido,
cayendo despacio desde mi lagrimal.
Mis ojos blancos se tornan de fuego,
al ver pasar la carroza fúnebre
con coronas pomposas y palabras vacías
Mis manos me tiemblan, se tornan tan frías
la piel se me azula entre sirenas heridas,
tiritan mis piernas, se declaran vencidas,
sacuden mis huesos, el dolor me carcome.
Aferrado al hilo de aquella campana,
me siento en el filo de un enorme vacío.
Se filtra en mi piel el grito sonoro,
de la muerte triunfante en aquella capilla.
Rinden honores a un cuerpo sin vida,
me quedo sin fuerzas para echarme a andar.
Se auna el gentío en sendos rituales
de llantos y sombras para figurar
En el álbum de fotos de cada pupila,
queda el recuerdo de aquella mañana,
la reliquia caoba se esconde en el suelo,
cae la tierra en forma de lluvia.
La angustia galopa sin freno en mi pecho,
mientras camino perdido en glorietas sin chistes,
perdiendo la vida en el Jardín de la Paz

LA VIDA

Cortinas celestes limitan la vista, cuelgan de los barrales de madera, de aquella sala de cinco, los ositos estampados me observan, ríen, duermen, juegan, se abrazan.

Cae el atardecer, sentada en un banco, dibujo una hoja, dos, tres, cuatro. La maestra las junta y me alienta a seguir. La mano me duele, se contrae hacia adentro, pidiendo piedad, deseo jugar.

Cortinas verdes, algo caídas, cubren a medias el gran ventanal. Espero cansada la llegada del profe, repaso entre apuntes la lección que daré, primero derecho después matemática, y a las doce por fin me podré retirar.

Persianas americanas anulan la vista, el micrófono apagado, la luz tenue del hotel en pleno verano, el lápiz recorriendo la superficie de las hojas genera un sonido que aumenta el calor. Los minutos se vuelven eternos en la mirada de mi esposo quien aguarda cansado termine de mi trabajo. Guardo en mi escritorio lo hecho en el día, tomo su mano y me dispongo a partir.

EL LABERINTO DE LA INMORTALIDAD

Yo soy una princesa y el de inmortalidad
Me está ayudando para que sea inmortal
Solo tengo superar varias personas

Princesa uno

Dura como hierro
Solo dura con los que la aman
Inteligente al nivel de Einstein

Da amor muchísimo
Y yo le digo que le adoro

Te extraño, estas en un lugar alucinante
Dame tu amor que no fluye
Al ser princesa: dos esta vacía

Sin amarte
Un día que florece
Un día oculto llorando
Eres todo, la mitad por dos
Todo multiplicado por dos

Siente por dos
Todo es dos claro y duro
Eres el cielo y floreces
Estas arriba y lejos
Pequeña me disparaste
Y yo te dije adiós

Con mi muerte de dios
La muerte mutada en un
Grupo de linternas del cielo
Que se deshace en un tris y tras de tiempo
Mi sueño es vivir en Francia escribir poesía
Yo soné en ser la mejor

Soné que hablaba todo el tiempo
Ser barro y todo al revés
Me arrastro cuando pienso en ti
Y me reflejo en tus ojos miel
Yo sufro cuando se mi destino
Me duele ser yo
No sé que pasara
Astuta, vives, y versátil

El amor clamo
Con veneno y dúctil
Derramo el amor
Y al fin él te amo
Él te escucha
Él te extraña

1

Niebla espesa, noche fría
haces que mi mente vibre
y entren los colores del recuerdo
hiriente.

Oh; recuerdos no viajen
en mi mente, permitan
que esta noche logre
dormir plácidamente.

No puedo dejar que se
queden e ignoren mi
deseo, solo me hieren
y mi cuerpo refleja su dolor.

Oh; recuerdos escuchen mi
plegaria, no entren en mi mente
sin autorización de mi corazón.

2

El tiempo, las horas y los días
son tuyos, cada momento que
he vivido a tu lado me hizo ser
feliz.

Te he amado tanto que los
recuerdos afloran con encanto y
el aroma sigue en nuestro cuarto,
como la primera vez cuando nos besamos.

Hermoso es recordar, aquellos instantes
de juventud donde fuimos felices
hasta el amanecer.

Ya el tiempo a pasado, pero mi corazón
y mi cuerpo no te han olvidado, pronto
estaremos juntos, dejaré que llegue el
tiempo y mis recuerdos serán cerrados
con llave por dentro.

Ya es hora de poder despertar,
una luz se acerca y los recuerdos
se esfuman con libertad..

3

Al mirar en el espejo
Observo a una bella
mujer que lleva su
cabello largo de color
miel.

Sus labios rojos y delgados
como sangre han de resaltar
y su sonrisa alegre demuestra
toda la felicidad.

Llora al descubrir quién era,
llora por sentir libertad, llora
por ver en aquel espejo un
recuerdo que ya no está.

Es tiempo de mostrar que
la belleza va por dentro, pero
los recuerdos de un hombre
triste ya no se ven en su cuerpo.

Cuba

YO QUIERO.

Yo quiero todo contigo y eso es único, quiero que pierdas ese miedo, yo quiero una vida junto a ti, pero juntos de verdad, compartir lo que nos queda ya por esta existencia, quiero estar tu y yo solos como lo merecen esas parejas que de veras se desean, se enamoran con los apetitos de la carne, pero también con los suspiros deletreando tu nombre, solo quiero que lo nuestro, esto funcione y crezca mas cada día y no se detenga circunstancias, es no perder mas ese tiempo, es hacerlo pero ya. Yo quiero y tu.

NOCHE DE ESTRELLAS

Envuelta en este frio atardecer, callada, amándote si, al ritmo de los te quiero, de los poemas, de esas canciones que son de nuestra autoría, esperando nuestra noche de estrellas, estar solos los dos con tu mano en la mía, escuchando decir de tu boca lo que siente tu alma, te juro que no se ya vivir sin ti, noche de estrellas iluminado mis ojos con tus ojos, que la vida se me puede ir de largo sino te tengo aquí, se hace de noche ya y no es una noche cualquiera pues es la que esperamos tu y yo, noche de estrellas la nuestra y de nadie mas, sintiendo que esta realidad es mas hermosa que nuestros sueños, si mi amor ven a llenarme de ti, te amo.

NO PUEDO.

El quererte para todo y no tenerte para nada hacen que descubra que no todo puede ser real aunque sea lo mas deseado, como recupero mi valor para no insistir, no puedo escapar de este sueño contigo, que se estalla mi piel al verte, que no puedo, así no, aunque te diga que siempre esperare, que contigo quisiera amanecer, enloqueciendo a cada instante mi vida, porque eres eso que nació para mí, pero así no puedo, si quieres estoy contigo toda la vida hasta que muera, ya no se dé que otra forma te invito a que vengas y me quieras un poco mas de verdad, no puedo ya estar así, porque yo ya estoy de ti enamorada.

TU MANO RECORDADA

recuerdo,
recuerdo tu
Mano
temblando
sobre la mía,
cándida caricia tuya
temblor de amor el mío;
recuerdo,
recuerdo tu
Mano
rozando
hebra a hebra mi
piel,
tallando mi
ébano,
deshilachando mi
Ser...
esencia de un amor en
Encuentros.

ETIMOLOGÍA

recuerdo,
del latín
re-cordis:
volver al Corazón;
porque pensarte,
añorarte, anhelarte
es volver al Corazón
en nuestro primer
café
en nuestro primer
cigarrillo..

RECUERDO

risas
encuentros
caricias
ultimátum
engaño
reconciliación
deseos
orgasmos

ME FORJAN.

Vivencias de mi vida
Encapsuladas en mi mente,
Vivencias eternas
Imposibles de borrar,
Imposibles de olvidar.
Mi mente las almacena cuidadosamente como si fuesen libros
Y mi subconsciente los cuida como si de oro se tratase;
Y siempre que me voy a dormir,
Esas vivencias se reproducen como películas viejas,
Que vienen a mostrarme el pasado tratando de formar mi futuro,
Futuro incierto,
Futuro expectante
Que se forma con mis recuerdos.

ARREPENTIMIENTO

Hay una casa en mi mente,
Una casa de terror
Una casa con recuerdos
Que infartan mi corazón.
Las cosas malas habitan ahí
Los recuerdos malos se ríen de mí.
Y los malos momentos pasados,
Se anudan alrededor de mi cuello
Y lo retuerce cuando a esa casa entro.
Y el arrepentimiento...
Se Vuelve eterno.

ETERNIDAD

Solo la eternidad puede recordarnos,
Porque los recuerdos son la eternidad,
Y aunque muramos,
Viviremos porque el mundo recuerda y nunca olvida.
Pero la humanidad lo hace...
Entonces, si morimos seremos olvidados por la gente,
Más si escribimos, nos leerán y nos recordarán,
Perduraremos como los naufragios en el mar,
Y nos van a recordar...
Por toda la eternidad.

PRESBICIA

Me gusta ser melancólica
revolcar mi corazón en el barro de la tristeza
ahorcar llanto
tirar de un décimo piso mi fragilidad
suicidar mis ganas, mis palabras, mis letras
sí, me gusta ser melancólica y arrepentirme de
amar tanto, de forma tan desmesurada.
aniquilo día a día la bondad de un te amo,
explotando cada vez que lo digo
me voy de cara ante el amor y le hago frente a
cualquier sentimiento parecido
soy un alma melancólica, lo único que me
acuna son los brazos que me rodean con calma,
que me sostienen y elevan del mundo que
conozco; que me acecha y me hace sufrir.
soy un alma débil, que busca un cariño, un
supuesto confidente de lugar seguro, un rincón
del mundo donde la violencia no llega.
soy un alma simple, en el revuelo de la
cotidianidad, deseo un beso cálido, unas manos
fuertes y un corazón inconmensurable.
soy yo, un alma anhelante, lo único que deseo
en el mundo es lo que no tengo, no pertenezco
a ello, y no perteneceré, puesto que me saca de
los cabales de la existencia y me renueva la
realidad, la realidad ineludible.

EXILIO

Extraño mucho tus besos
Al acostarme siempre en ti pienso
Que estuvieras a mi lado, siempre a Dios
le rezo
Aunque pueda hacer por ti un drama
inmenso
Cuando me hablas, realmente mi corazón
se queda tieso.
Espero que recuerdes nuestros besos y
caricias en el sexo
Mientras expresaba que te amo en exceso.
Entre risas y llanto nunca pensé extrañarte
tanto
Esperaba ser eterno contigo, pero ahora
solo lágrimas decanto.
Si el amor fuese una enfermedad
Yo estaría en coma con toda normalidad.
No me desempeño en ningún trabajo
Desde que la vida se llevó la inspiración
que me trajo.
Sin ti puedo normalmente vivir
No te necesito para con mi vida seguir
Pero si quisiera felicidad sentir
Debería pedir disculpas y al más allá ir.

CAÍDA

No extrañaba esto ni un poco
¿Por fin me habré vuelto loco?
Olvidé lo que es brillar y solo el fondo
toco
Ahora quisiera ánimos para cambiar el
foco
Apuntar mejor a un nuevo rumbo
Hacer lo que nunca se pensó, como
Dumbo
Aunque al abrir los ojos recuerdo cómo es
mi mundo
No hallo paz, aunque lo intente cada
segundo
Así que solo fluyo en éste rio de agonía
Donde el mejor aliado es la melancolía
A la muerte no puedo acudir todavía
Así que solo esperaré que me llegue el día
Me resigno, no tengo nada, estoy vacío
Mi alegría está cercada, y solo el dolor es
mío

PASADO, PASADO

A veces el pasado
me viene a visitar,
quiere saber cómo estoy,
que hago, si lo olvidé,
viene a dejarme
una espinita clavada en el corazón

Pero esta vez, le dije adiós
y ahora siento tranquilidad y paz

Pasado, pasado,
que me vienes a buscar,
si traes indecisiones
ya te puedes marchar

Pasado, pasado,
que me vienes a buscar,
si traes incertidumbre
ya te puedes retirar

Pasado, pasado,
que me vienes a buscar,
si no vas a ser mi futuro
ya no molestes más

Pasado, pasado,
que me vienes a buscar,
ya eres pasado
y olvidado debes estar

Por los momentos buenos,
por los momentos malos,
que vivimos juntos,

cuando eras presente,
ahora te guardo como recuerdo,
en un lugarcito de mi corazón,
pero en mi mente, ya no más

Pasado, pasado,
que me vienes a buscar,
ya tuviste tu tiempo,
y si no lo pudiste
o supiste aprovechar,
igual te perdono,
por no ser como yo esperaba,
y te libero, para que
yo pueda avanzar

Pasado, pasado,
que me vienes a buscar,
convéncete de la despedida
y vuelve a tu lugar,
porque yo busco
mi presente y mi futuro,
donde se hagan realidad,
mis viejas añoranzas,
con Amor y Felicidad.

En medio de la noche toca mi puerta,
 temblaba por el frío de su ropa mojada,
 llovía afuera y buscaba calor para su alma
 y le ofrecí mis labios para que se secara.
 Entramos a la casa y allí le pregunté:
 ¿Qué prefieres, café, un vino o un licor?
 me mira y me responde emocionado
 quiero tus besos...tu cariño... tu calor...
 Entonces me dirijo al aposento
 y siento palpitar mi corazón,
 no puedo describir lo que sentía,
 los recuerdos me llenaron de emoción.
 Nos abrazamos fuerte y escuchaba
 muy claro un sonido en mi interior,
 para qué describir lo sucedido
 y la forma en la que hicimos el amor.
 Nos quedamos muy juntos, abrazados,
 tomó mi mano y me dijo dulcemente:
 ahora quiero escucharlo de tu voz,
 que me digas al oído lo que sientes.
 Y le dije... le confesé lo que sentía...
 y que no logro olvidarlo ni un momento,
 que a pesar del tiempo y la distancia
 jamás pude sacarlo del pensamiento.
 Cuánto tiempo sin verlo... -yo no sé-
 perdí la cuenta de los días y las horas...
 pero no pensé más en el tiempo perdido
 si podíamos recuperarlo ahora.
 Me besó muchas veces, despacito...
 y entraron en tertulia su alma y la mía,
 se dijeron las cosas más sublimes
 al compás de una dulce melodía.

TUS RECUERDOS

Si alguna vez el tiempo
 me recuerda tu nombre
 le diré que te has ido
 que tu nombre lo borre...
 Si alguna vez la luna
 recuerda nuestros besos,
 -que en la noche sombría
 nos dimos con exceso-
 le diré sonriente, que ya pasó,
 que eso, fue solamente un hito
 y que nunca existió.
 Pero si un día mis ojos
 encuentran tu mirada
 ya no podré fingir,
 no podré decir nada,
 desviaré mi vista,
 me iré lejos, muy lejos
 porque dentro de mí
 vivirán tus recuerdos,
 y esos nadie los borra,
 ¡Esos, serán eternos!

Cuentos

Colombia

AFUERA DEL EXILIO

Al día, salen los ciudadanos a la cosmópolis. Se pierden en las calles alumbradas. Ellos se alejan de sus aislamientos. Y las ancianas van con sus amigas. Ellas desfilan por esa realidad ilusoria. Dichosas procuran una velada de astrología. Y los hombres andan con gallardía. Ellos vencen a la adicta depresión. Suben despabilados hasta las bibliotecas míticas. Mientras; unas muchachas entran a un café, se ríen con alborozo y ostentan la coquetería. Más unos niños se aparecen a oscuras, juegan a ser espectros y lo hacen de verdad. Danzan las muchedumbres por los laberintos. Se esparcen hacia los parques brumosos. Ellas saltan al ritmo de la cumbia musical. Y los viejos repiten los versos de luz espiral. Ellos glorifican cada una de estas visiones. De golpe se adentran en ese firmamento. Y las mujeres se visten como orquídeas. Ellas mezclan sus cuerpos al sereno. En simpatía le infunden paz a los ambulantes. Llegan los habitantes al país prometido. Se reconocen los cultos con los buenos y ellos logran escaparse del calabozo.

Argentina

DE VISITA

Cabizbajo, avanzaba moviendo muy lentamente un pie después del otro, casi mecánicamente. El estado de su traje, al igual que el de su corbata adquirida recientemente, delataba la enorme cantidad de veces que lo había usado en las últimas semanas.

No tenía ninguna obligación de hacerlo, pero sentía que era mucho más correcto el hacer su acostumbrada visita semanal con aquella vestimenta puesta, vestimenta que tanto le había gustado siempre a su hija.

—Como si arreglara algo con eso —pensaba casi todos los días, sabiendo que nada sería capaz de realizar semejante proeza.

No podía negar de quién era la culpa de todo.

Cómo cada semana, mientras transitaba las grises calles de la ciudad, a un paso que dejaba en claro que era un hombre que no hacía ninguna acción a las prisas (se negaba a tomar el colectivo para asistir a este importante compromiso), su mente lo llevaba una y otra vez a aquel recuerdo. Aquel que nunca sería capaz de olvidar, sin importar cuánto lo intentara. Igual que en las ocasiones pasadas, y las que vendrían en el futuro, revivió contra su voluntad esa pesadilla echa realidad. Volvió a ver aquel espectáculo que lo horrorizó y que se manifestó frente a sus ojos después de abrir la puerta de la habitación de su único y querido retoño, Gabriela; su amada hija.

Sin embargo, esa fue una de las escasas ocasiones en la que consiguió detener ese horrible recuerdo, a la vez que las primeras lágrimas hicieron su aparición, logrando dirigir sus pensamientos por una dirección diferente.

No obstante, algo muy dentro suyo no lo dejó en paz, como siempre. El pensamiento que pasó a ocupar su mente en esos momentos no había llegado para darle el alivio que tanto necesitaba.

— ¿Por qué actué así? —se recriminó a sí mismo, provocando que el recuerdo de esa noche, pocas antes de la que arruinó toda su vida, comenzara a acosarlo desde aquel preciso instante hasta llegar a su destino—. Pude defenderlo... digo,

defenderla... Parece mentira que ni siquiera a estas alturas sea capaz de decirlo bien... Sin proponérselo, y en contra de su voluntad, se vio a sí mismo sentado frente a la mesa del comedor de su casa, bebiendo cerveza y jugando felizmente a las cartas con tres de sus amigos más cercanos, ignorando por completo lo que ocurriría poco tiempo después; como también lo simple que le habría resultado evitar semejante suceso, en retrospectiva.

Al igual que en las reuniones anteriores, el nombre de Gabriel no tardó en ser mencionado, provocando la incomodidad eficazmente disimulada de su padre, quien no perdió tiempo en contestar lo mismo que en las pasadas ocasiones: que aún no regresaba de su visita a unos parientes de otra ciudad.

Mientras esperaba a que el semáforo le diera autorización para cruzar la calle, su odio hacia sí mismo comenzó a aumentar, como siempre que recordaba aquella nefasta mentira que tantas veces repitió, así como la actitud que manifestó mientras esa charla progresaba. Como en cada juntada, ésta pronto giró en torno a sucesos ocurridos recientemente alrededor de nuestro basto mundo ¿Habría sido el destino el que quiso que saliera a colación el suicidio de aquel muchacho de otro país (cuyo nombre no recordaba), cuya homosexualidad, escondida durante tanto tiempo, nunca fue aceptada por las personas cercanas a él? ¿Habría sido un aviso que él no pudo ver? Imposible de saberse.

Cruzó la calle furioso al recordar cómo se había quedado callado mientras sus amigos mencionaban casos similares, ocurridos en fechas diferentes entre sí. Rechazos familiares debido a la orientación sexual de las víctimas de éstos, o a conflictos con su identidad de género; derivando en depresión, a raíz de estos problemas, y acabando en suicidio en la mayoría de estos casos. Nunca le cupo duda de que Gabriela había oído todo lo dicho.

—Decíles algo —se ordenó a sí mismo, al verse tan callado y avergonzado ante esa situación—. Defendé a tu hija.

Lamentablemente, le era imposible alterar lo que ya había pasado. Sólo podía contemplar, como si de una película se tratara, el hecho de no haber reaccionado de ninguna manera mientras sus camaradas hablaban sobre cómo estaban de acuerdo con la postura de esas familias, y sobre como todos esos se tienen que morir.

—Como si no han tenido suficiente teniendo que vivir con la vergüenza de tener de familiar a uno de esos enfermos —dijo uno.

—Sí, encima van y se matan cuando tratan de ayudarlos, haciéndoles más daño todavía —le contestó otro.

—No tienen perdón de Dios —acotó el tercero.

Era en ese punto cuando el recuerdo siempre comenzaba a tornarse neblinoso.

Pero nunca le importó eso, pues a esas alturas él ya estaba en el cementerio, frente a la lápida de su querida Gabriela, contemplando aquel nombre grabado en ésta.

Mientras estuvo viva él se negó a usar este nombre para referirse a ella, llamándola Gabriel siempre (las pocas veces que le dirigía la palabra, pues vivía encerrada debido al deseo de su progenitor de que nadie la viera en aquel estado). No obstante, se encargó de que su tumba sí llevará escrito ese nombre, el que ella tanto anhelaba oír ser pronunciado por su papá.

—Por favor, perdóname hija —susurró, con los ojos rebosantes de lágrimas, como siempre que llevaba a cabo esa visita—. Perdóname, Gabriela.

Cruelmente, la imagen del cadáver de su amada hija, hallado por él en ese fatídico día, colgando del techo de la habitación en la que la había encerrado, regresó para atormentarlo aún más.

—Yo te maté —exclamó, abrazando la cruz de la tumba, pues nada más podía hacer, además de vivir lamentando su proceder por el resto de su vida—. Yo te maté...

Argentina

EL RITUAL

Creo que debo agradecer, a quien sea que se le agradecen estas cosas, el hecho de vivir en una tierra en la que la carne roja es el principal deleite de los paladares. Considero que es gracias a eso que mi problema no destaca muy seguido. Bueno, la palabra “problema” tal vez sea muy grande para referirse a lo que me pasa, pero les digo que no es algo sencillo tampoco. Ser el único escollo que amigos o familiares pueden tener, genera en mí un escozor tan profundo que no me permite ser parte del jolgorio del momento. La cosa es que yo no como pescado. No lo hago desde hace ya varios años. Esa es mi situación, o problema si lo prefieren.

Cada vez que llego a una fiesta, celebración o una simple reunión; ruego que, al cruzar la puerta, sea un aire ahumado el que me reciba. Ya saben, el típico olor del asado sobre las brasas. Solo así disfruto de la estadía con mis seres queridos. Sin embargo, fueron pocas pero recordadas las ocasiones en las que algún pescado apareció en el menú. Esas veces tuve que negarme a comer. No tuve muchas opciones. Las excusas siempre me fueron simples en esos casos: dolor de estómago, haber comido antes de llegar, etc. Me limitaba a solo tomar un poco de vino y masticar algún aperitivo. Pero fueron momentos en los que no pude evitar sentirme completamente fuera de la cena.

La última vez que me pasó fue en un cumpleaños. Compartíamos un enorme patio verde que brillaba con cada rayo que se le caía al mediodía. Muy al fondo estaba la parrilla. Lejos, sobre su propio perímetro marrón. Cuando me acerqué, vi un enorme pez dorado que dormía sobre las brasas que disparaban una que otra chispa de a momentos. Estaba abierto de par en par. Dejaba lucir su carne blanca, y era hipnótico ver cómo le chorreaba el jugo salado. Se veía tan succulento, tenía un perfume tan apetitoso. Casi que el viento, al pasarle por encima, le cortaba los flancos. Y ahí estaba yo, sin querer probarlo. Sin desearlo un poco siquiera. Admito que yo era gustoso de casi todos los frutos del agua, sean de mar o de río. Pero hace tiempo que ya no más. No porque no quiera, es solo que no puedo. Todo gracias a mi padre, o por culpa de este mejor dicho.

Una mañana, que de tan común no podría ponerle el nombre de una fecha, hablábamos con un mate de micrófono. Ese día le pedí que nuestra cena de fin de semana fuera un gran pez a la parrilla. No me miró, solo sopló con los labios medio cerrados que él ya no comía pescado. Me pareció extraño. Había visto muchas fotos de él pescando y comiéndolos de las más diversas formas. Le pregunté a que se debía su rechazo y me respondió, esta vez sí mirándome, que en Buenos Aires él no comería pescado.

Me quedé en silencio, elevando con agua nueva y caliente la yerba del mate. El notó que mi silencio escondía cierta incomodidad. Y así era. Tuve miedo de que, por indagar tan suelto y despreocupado, hubiese pisado algún tabú que él no ocultó bien. Tomó su turno de infusión y me dijo:

— Acá no se puede comer pescado.

Hizo sonar el fondo del mate con la succión y agregó:

— En Santa Elena, si todavía te acordás de tus pagos, comer pescado es un ritual.

No recuerdo mucho de mi vida allá. Era muy chico cuando nos mudamos a Buenos Aires. Seguí cebando, el mate no se lavaba por suerte.

— ¿Un ritual? —le pregunté.

Papá empezó a narrarme muy de a poco su niñez en Santa Elena. Debió pensar que era la mejor manera de explicarse.

— Recuerdo mi niñez allá —empezó—. El sol salía a las seis de la mañana. Nunca lo vi llegar tarde. Siempre a las seis en punto. Me acuerdo que iba a las riveras del Paraná a pescar y tener así mi comida del mediodía. Porque el guiso a toda hora, por más rico que salga, te termina cansando. El río no es de esas aguas cristalinas que ves en los folletos turísticos del Caribe, pero su encanto sabe enamorar también. Se mueve con la brisa de una forma hipnótica, generalmente de una mano del río hacia la otra. Pero cuando llega un pescador, el viento cambia un poco pariendo pequeñas olas a sus pies. Llámame loco, pero creo que es la forma que tiene el Paraná de saludar al pescador. En mi terca locura infantil yo creía eso y lo sigo creyendo.

Yo estiraba el brazo para entregar los mates nuevos o recoger los muertos. Y escuchaba con atención.

— Sobre la superficie del río se ve un brillo difícil de describir —continuó hablando—. Como si el sol hubiese explotado y sus trozos de piel dorada se hubiesen disgregado donde uno posaba la vista. No hay cañas en el Paraná, no existen. Allá siempre nos valimos de arrojar solo una línea con carnada.

Nos quedamos un rato callados. Yo le mostraba una sonrisa, en parte recordaba un poco lo que fue nacer ahí. De pronto mi padre volvió a hablar:

— Mirá, nunca lo intenté. Pero estoy seguro de que con solo extender los brazos y pedir el almuerzo, un dorado saltaría del agua para caer en mis palmas. Recuerdo también que la madera del lugar era de un rojo que iba de un claro pálido hasta llegar a uno tan intenso que ni la más gigante paleta de colores podría imitarlo. Daban a entender con su color que el fuego era el único propósito con el que fueron creados. Y ahí nomás comía. Hacía el pescado a orillas del río, lo devoraba y era delicioso. Podía sentirle la salada costra que le dejaban los brasas. También podía llenarme la lengua del jugo que largaba su espinazo en una cacerola. Atrapaba todo su gusto en pequeñas empanadas que compartía con mis amigos.

El agua del termo se había terminado, pero yo seguía chupando la bombilla mientras escuchaba embobado. Mi papá continuó con su oda, cada vez más animado.

— Nunca estaba solo en la rivera, se oía hablar a los animales. No supe jamás su idioma, pero me animo a pensar que cada uno me aconsejaba una forma distinta de cocinar el pez. Y claro, ellos comen con los pescadores desde hace siglos. Son todos unos expertos en el tema. No podés comer ahí sin compartir con las bestias, es tu paga al follaje que te ha dado tanto. Por fortuna siempre supe complacer su exquisito paladar. Seguí este ritual todo el tiempo que viví allá. A medida que crecía pasaron de varios días a la semana a un puñado de veces al año, pero me negué a dejarlo.

Finalmente me miró a los ojos y me preguntó:

— ¿Entendés por qué no puedo comer pescado acá? Tal vez porque vos te quedabas en casa de chico, muy cómodo, esperando que yo llegara con el botín del río. Nunca quisiste ir, y por eso no te penetró la belleza del paisaje y no te traumó su pérdida cuando vinimos

para acá. Aun así te pido que lo entiendas. Acá no es lo mismo, el pescado se compra. Duerme sobre una cama helada y no puedo ni felicitarlo por un buen combate. La verdad necesito mi ritual, porque no sé si la carne sabrá igual sin él. Tengo miedo de, en una mordida, dentellar el recuerdo de mi infancia y dejarlo roto para siempre. Que el gusto que me quedó guardado de toda la vida sea reemplazado por el de un pez que yace muerto sobre hielo en una vidriera.

Se sentó, volvió a sorber el mate que ya no tenía nada y concluyó su discurso diciendo:

– Lo siento mijo, solo puedo ofrecerte carne roja de la que más prefieras.

Lo entendí a la perfección y desde entonces yo tampoco he podido comer cualquier pez que me conviden. Ya que, ¿qué objeto tiene comer algo que no puede alcanzar la perfección que ahora me fue revelada? No tiene razón alguna en mi opinión.

Mi padre murió hace unos años. Pero recién ahora me está dejando de doler. Tuvo que suceder esto para que yo vuelva a Santa Elena después de tantos años. Aunque ahora se pierde un poco el sentido. Venir sin él vistiéndolo su forma física, no es lo mismo. Nunca me pudo enseñar a pescar. Yo no se lo facilité tampoco. Es más, me negué casi siempre. No pudo iniciarme como un futuro sacerdote que oficiara en su ritual de las costas del Paraná. Temo cocinar un pescado y que sepa como un puñado de ceniza. Como las suyas, que ayer solté en el río. Sus cenizas lo tiñeron de gris. Apenas un segundo. Me gusta pensar que son ellas las que ahora adoban a los dorados que tanto nos gustaba comer.

Colombia

TIEMPOS DE LLUVIA

Malena me ha traído chocolate caliente. Yo sigo aquí, en la terraza, dejándome morir de frío para ver si todavía queda alguna fibra sensible dentro de mí, para asegurarme de que aún siento, de que aún soy capaz de vivir. Una golondrina se ha posado en el barandal, la veo hurgando entre su plumaje, parece querer arrancarse ese telón negruzco que recubre sus alas. Su inquietud me hace recordar la angustia con la que Juan me besaba. Siempre lo hacía con afán, como si nos fueran a descubrir, como si le cobraran la saliva que gastaba en mí; era rápido, intenso, furtivo, sus besos eran ventiscas que me agitaban de pies a cabeza. Comenzaban embistiendo con cierto grado de pudor, como tanteando el terreno, y cuando menos me lo esperaba el torbellino de su boca me recorría, su tentáculo se estiraba hasta tensarse dentro del noveno círculo de mi garganta. Ahora él ya no está. Esas borrascas se han convertido en lluvia, no lluvia cálida, de esa que deja el alma oliendo a pasto recién bañado, sino lluvia helada, esa que enmarca los cortejos fúnebres, esa que caía cuando Juan me dijo, sin anestesia, que ya no me quería, que estaba conmigo por lástima y porque le daba miedo que al dejarme yo me arrojara por este balcón. Que su conciencia no podría soportar tanto.

Estos tiempos de lluvia me hacen remover hasta lo creía marchito, me dan vuelta seca, me obligan a retornar al país de las malas memorias, a aquellas escenas que se confunden con artificios oníricos, pero que uno, en el fondo, sabe que son tan reales como la maldad. El aroma a tierra mojada, petricor según Malena, me hace evocar el día en que lo vi caminando de la mano con su actual prometida, esa con la que hace todo lo que no hizo conmigo. Esa que sí merece mostrarse, cual diploma recién otorgado, no como yo que solo servía para lo oculto, para aquellas cosas que solo se llevan a cabo bajo el abrigo de las sombras y que no se le confiesan ni a Dios. Aún me duele verlo en mi mente, resplandeciendo, mientras yo me derrumbo por dentro, al tiempo que un tornado masacra mis anhelos. Me hundo en mis lágrimas, al compás de esta tormenta que revuelca al pueblo. No siempre soy así. Es el invierno el que me hace sentir frágil, es la tortura de los recuerdos ligados a una experiencia climática. Es que siempre asocio a Juan con la lluvia. Ese maldito nudo mental es el que me estrangula cada que el cielo orina sobre mí. Me gusta ver llover, soy masoquista, y este balcón tan abierto, como pista de despegue, me hace querer ser golondrina para volar, tal vez estrellarme contra el pavimento sirva para que me despabile un poco. Me esfuerzo por disipar esas telarañas de mi cabeza, las aísló,

concentrándome en la golondrina que todavía no se ha marchado, creo que desea decirme algo, ojalá sea un mensaje de Juan. Muchas veces, cuando afuera hace frío, pero en el Purgatorio de mis sabanas se enciende el Infierno, sueño con que él vuelve a mis brazos, así sea por un instante, sueño que me pide perdón, que me miente, que se trepa en mi cama de un salto hasta convertirme en una espiga quebrada por los vientos.

Malena me vigila, disimula muy mal, sus pretextos son demasiado obvios, la veo ir y venir, se hace la que no me ve, pero su actuación no me convence. Sé que intenta evitar que me lance. Le digo que ya he superado esas fantasías, que no se desgaste fingiendo, que prefiero que me cuide de frente. Le prometo que en primavera recobraré fuerzas, que me quitaré de encima estos siglos de niebla para dar paso al vigor. Iré a la cacería de un nuevo Juan, uno que sí sepa amarme, uno que, con todo y mis murallas, sea capaz de besarme sin miedo a que nos vean. Entiendo que Malena se preocupe, soy lo único que le queda, perderme por culpa de mis aguaceros espirituales la devastaría. La golondrina se ha ido y ni me di cuenta. Ya salió Helios en su carroza, su luz me renueva, en mi espíritu también escampa.

México

CUARTO.

Cuando joven, llegue a creer que tendría más libros sobre el escritorio, que canas en el bigote... pero ahora estacionado en los treinta y tres, estoy hecho un manojo de aisladas y disparejas canas en la barba y cabello también. Justo porque el escritorio que me ha acompañado desde entonces funciona como una especie de libropuerto, un paradero poco transitado, pero eficaz a la llegada del destino que ha de elegir.

Los libros allí, de los que recuerdo, versan sobre muchas cosas y no suelen especializarse en nada, así como yo y mi prematura retirada de pelo y mi sueño precoz.

Quienes tienen tintas de colores en sus páginas son muy llamativos, aunque los dibujos no sean tan buenos o será que para verles forma hay que conocer de sus contextos, lo mismo con aquellos que son texturizados.

Los libros más gruesos son los temidos o rechazados por todos, mientras que los más delgados vuelan o zarpan acompañados.

Llegar al libropuerto es asunto sencillo, bueno... quizás lo escribo así porque ya estoy más que acostumbrado. Y es que tengo una terrible prisa por leer y leer antes de que desaparezcan ante mi mirada con miopía y astigmatismo. Tengo más de diez libros sin leer completos, y esto no es una trillada confesión de hombre creativo ni multifuncional, mucho menos tiene que ver con una asombrosa capacidad por leer, retener y comprender lo que leo, no. Tiene que ver con un desequilibrio humano y personal entre mi ansiedad y mi olvido.

Así que una vez ustedes entren a esta habitación no acondicionada para el entretenimiento lúdico, pero cuyo fin pareciera siempre ser ese. (Yo llevo demasiado tiempo aquí.) Verán que hay libros y libros por todas partes... casi por todas partes. Un tambor por aquí, una máscara por allá, lápices de colores, cables, títeres y trompetas que han sido protagonistas de cuantas historias pudieran imaginarse, historias cuyo reconocimiento les valió cientos de aplausos y las peores de las ocasiones, les han valido sus más profundas cicatrices. En fin.

El pasillo que antecede al lugar que les invito, tiene un espejo enorme, de techo a piso y viceversa, luego, inmediato de unos metros de reflejo, está la blanca y virgen puerta que clausura a los demonios del silencio que aguardan en la atmosfera, y que poco

movimiento tienen debido a que el mosquitero que utilicé como moderna forma de evitar los mosquitos en primavera, hace que el viento tenga dificultades para entrar y circular por entre los cajones.

Y de fondo musical, una gata que nunca maúlla.

Se suele cerrar la puerta después de entrar, esto para quienes vengan ya predispuestos a irse con uno de los libros, puedan escuchar sugerencias y recomendaciones literarias de las entidades que las marionetas exhalan, de tal suerte que será un cincuenta por ciento azar y cincuenta por ciento recomendación el acto de adopción que usted haga.

Bien puede llevarse uno o dos o veinte si usted los aguanta.

El azulejo es claro y es frío, el tirol del techo hace escarcha y las persianas no han sido lavadas nunca.

Las tablas sobre las cuales hay algunas fotografías mal tomadas y juguetes, se encuentran chuecas y perpetuamente sonrojadas y hay colgadas estrellas y planetas que brillan en cuanto se va la luz.

Hay calcomanías de hace años en algunos rincones y que por vejez se están suicidando...

Si acaso se llega a escuchar un leve eco por las esquinas, pero suele confundirse con los pasos de los vecinos del segundo piso.

Si usted se anima a venir después de saber toda la antesala de calamidades que aquí ocurren, y si tiene oportunidad de reconocerse entre tanto caos adornado, léame; pero no sujetando unas páginas y alzando la voz, sino que una vez que me encuentre mire bien lo que fui, lo que dije, todo lo que he contado; trate de escuchar mi voz clara como lo hizo para llegar desde aquel sitio hasta aquí y sonría. No, no le pido, ni hago chantaje para que me pueda llevar, y es que algo así no ha sucedido en tantísimo tiempo... pero ¿podría antes de cerrarme, colocar un separador de hojas, donde usted lo decida y colocarme en el sitio que dejará el libro que la ha elegido?

Quizás la siguiente persona que aterrice en este libropuerto me escoja para en el destino reinventarnos leyéndonos juntos.

Argentina

OMAR

Hola Ana,

Esta es la cuarta versión de la carta que empiezo, y espero esta vez no tener que hacerle ningún tachón, para poder terminarla y que te llegue impecable. Te escribo esto parado en el límite de distancia invisible que me han obligado a respetar. De acá a la puerta de tu casa hay exactamente 800 metros y un centímetro. Es la medida exacta que tiene el Vaticano de punta a punta, ¿sabías? Yo no, pero anoche me quedé hasta tarde buscando en Internet qué otras cosas del mundo miden 800 metros, además de una resolución judicial ridícula.

En este punto, será obvio decirlo, pero no estoy para nada de acuerdo con lo que decidió el Juez. Es cierto que no he tenido unos meses muy tranquilos en el último tiempo, pero me parece precipitado de su parte hacerme a un lado de vos con este campo de fuerza que tiene pero no tiene bordes. ¿Y si lo atravieso, que pasaría? ¿Qué pasa si en este instante adelanto un pie? ¿Unos rayos láser le van a avisar a la policía que lo hice? ¿Me van a caer del cielo un puñado de agentes del SWAT como las películas? Qué paparruchada todo esto Ana, por favor.

Creo que lo que más me sorprende es que hayas sido vos quien decidió activar la parafernalia legal. De la lista de defectos tuyos que hice, entre ninguno de los 17 estaba la deslealtad. Hubiera jurado que lo haría tu hermana, porque su lista supera los 32, y sí, definitivamente ella me parece que es alguien que podría jugar por la espalda.

Igual, ya está. Lo voy a dejar acá.

Yendo a la razón de esta carta, quiero que sepas que ordené tu ropa por talle y color. Está todo arriba de tu lado de mi cama. Tus discos los puse en una caja ordenados de los que más a los que menos te gustan. Podés pasar a buscar ambas cosas cuando quieras.

También tiré a la basura el mural con tu línea de tiempo que tenía en el garage. Enterito. Desde la primera foto tuya de bebé, hasta la que te saqué anoche desde atrás de un árbol, cuando sacaste la basura a la noche.

Y dejé de escribir la obra. Bueno, en realidad, le cambié el nombre. Ahora se llama “Ana Bella”, ya no es más sobre vos. Es sobre otra chica, que también trabaja como modelo, pero de zapatos, no de ropa interior. Y es rubia, no castaña.

Hablando de eso, vendí por Mercado Libre la bolsa de pelos tuyos que encontraste en mi armario. Podés quedarte tranquila que no voy a hacerle una peluca a mi próxima novia.

Porque, como ves, ya estoy bien.

Perimetralmente bien.

Omar

Argentina

LA MESA Y EL MANTEL DE HULE BLANCO

En lo alto de la pared de la galería, una hoja gigante pegada con cuatro chinchas; una lámina alusiva de la revista infantil Antejito. El póster que muestra a los personajes de la revista tiene impresa la leyenda: “Feliz Navidad”.

Observo como siempre he observado, con el silencio inocente del pasado, la galería airoso, aquel rinconcito de la casa con sabor a mango; el techo de chapa sostenido por los tirantes de lapacho; el horno con su pala, su bandeja y su puerta de lata, parece más una estatua que un viejo fogón de ladrillo y barro en medio del patio.

Miro como siempre he mirado, con la sutileza de un niño, con la paciencia de un anciano; ahí está la mesa rectangular de madera sin aquel cajón, donde se guardaba escuadras, reglas y lapiceras... La mesa de madera pintada con barniz a dos manos. Recuerdo que así, dijo mi padre, aquel día cuando concluyó la tarea. Allí se encuentra la mesa, pero no las sillas de junco y terciado... No sé si las sillas se rompieron, se quebraron o desaparecieron como desapareció la jaula gigante donde cantaban los cardenales y canarios; la pajarera que tanto amaba mi madre, junto a la reposera y el juego de jardín de antaño.

Transcurrieron más de veintiún años, la mesa aún sigue cubierta con el mantel de hule blanco con diseños de barcos y pájaros: - ¡No es preciso que baje, no es preciso, no!

México

PEQUEÑOS SOLES ILUMINAN EL DÍA

El verano había terminado, las plantas que florecieron al final del invierno tenían pequeños frutos, en medio del patio trasero la higuera estaba rebosante de dulces higos, las gallinas y sus crías rascaban las raíces de los árboles buscando pequeños bocadillos y la bahía, casi está al alcance de nuestras manos desde nuestra casa en Ensenada tiene la ubicación casi perfecta y los árboles que hemos sembrado en nuestro patio la hacen lucir como una postal, amó nuestro hogar es bello nuestro pedacito de tierra. Recuerdo que hiciste hincapié en el huerto “Al menos para eso servían los arbolitos” me dijiste algunas veces señalando hacia los árboles de cítricos, una de tantas tardes mientras te tomabas tu café, con aquellas palabras tercas, dijiste que los cortarías y a mí me daba mucho coraje pues sus hojas eran tan verdes, la última semana de invierno los habíamos visto dar azahares pero al llegar la primavera del 2016, llovió mucho y con tristeza vimos caer uno a uno cada uno de ellos con lo intenso del sol de ese verano.

Y a la vez la alegría inundaba la casa al escuchar el tierno piar de los nidales de las gallinas, al ver florecer el granado. Nos olvidamos por completo del incidente con el pequeño huerto de limones.

Dijimos con esperanza "quizás el próximo año" los días fueron pasando, una tarde de octubre mientras cortaba unas hojas de hierbabuena para hacer el caldo de albóndigas lo vi. Quería correr, contarte del hallazgo, era tan pequeño, y brillante, tenía un verde intenso. Las telarañas de la plaga de arañas saltarinas lo habían protegido del inclemente sol y el verano tan lleno de los vientos de santana

Ese día llegaste muy tarde del muelle, lo recuerdo bien pues era raro que no llegaras a las 4: 15 pm todos los días, y yo estaba apurada en preparar la cena, tenía que revisar las tareas de la niña que se me olvidó por completo contarte del hallazgo, apenas si probaste un bocado de tu guiso favorito, caía el crepúsculo e hiciste un par de llamadas a tu hermana, te habían avisado de la muerte de tu padre y al recostarte un momento el cansancio, hizo de las suyas, a la mañana siguiente mientras les dabas de comer a las gallinas y cortabas unas hojas de los árboles de guayaba para hacerte un té, lo descubriste.

Recuerdo que tenías el rostro lleno de emoción, y hasta dejaste que las palomas se comieran el alimento de las gallinas, las muy indinas se despacharon con la cuchara grande entraban y salían del bote del alimento.

Me gritaste fuerte pero esta vez no fue como siempre lo acostumbrabas hacer. Tu grito era diferente eufórico, llenó de ilusión.

— ¡Ven, cariño, mira el limón tiene un pequeño fruto!

Salí de la cocina con la taza de café en mi mano izquierda ya sabes yo sin café no puedo concebir mi día y fingí no saber nada, claro, no quería quitarte la emoción de haber visto tú primero ese pequeño hallazgo. Me sentí feliz, plena como casi nunca me siento a tu lado, ahora que vuelvo recordar todo eso, sé que vimos juntos cumplirse el enorme deseo de ver dar ese primer fruto al huerto que tanto amábamos.

Recuerdo con tristeza que te tomé de la mano y nos quedamos largo rato observando la bahía, como en nuestros primeros años cuando nos sentábamos por las tardes a planear lo que sería de este gran terreno de 50x 50 que hoy hemos convertido en nuestro castillo. Hoy que está todo cercado, lo llenamos de árboles frutales, y cactáceas porque no queríamos dejar de criar gallinas para seguir recordando a tu padre que falleció ese inicio del otoño.

Pero ahora no sé qué nos pasó, el pequeño limón despide cada mañana su cítrico aroma, las gallinas rascan sus raíces pero tú ya no sonríes, los hijos se han ido de casa. Rara vez me diriges la palabra, desayunamos en completo silencio, algunas veces la taza de café resbala de mis temblorosas manos y es entonces que esos gritos llenos de rabia, intentan oscurecer mis días. Pero al salir al patio veo de reojo nuestro árbol y en la alto de su copa los pequeños soles iluminan de nuevo mi día.

La felicidad me inunda, mis pulmones se llenan del salino olor a mar que despiden tus ropas, mientras las echó a la lavadora, los pollitos recién nacidos pian una y otra vez.

España

CUANDO ÉRAMOS NIÑOS

Recuerdo ese olor a café que tanto me gustaba, el tacto suave de las botas del primo José Luis; esas reuniones de los domingos cuando venían los tíos, que siempre traían galletas y dulces; el envasado blanco hueso, casi transparente, como el velo de una virgen y que me costaba tanto quitar por ese nudo —cuerda de hilo fino—, faena imposible intentar desatarlo por la fuerza, se cerraba tanto que tenía que venir papá con unas tijeras y su infinita paciencia para liberar ese arrollo de formas y colores: rosas los que no me gustaban, los merengues de nieve caliente, de yema tostada los que siempre cogía la abuela, otros envueltos sobre sí mismos, acolchados como camas, algunos viscosos, con esas masas de miel que se te pegan a los dedos y te duran un año entre las uñas. La mesa era entonces un lugar de culto, la abuela se sentaba en el centro sobre su butaca roja y, como estaciones de tren, iban deambulando las historias: el tío Juan tenía que ir al mecánico a arreglar el coche o comprarse uno nuevo, la prima Lucía quería estudiar medicina, Sergio —su hermano— no cogía un libro y sus padres no sabían qué hacer con él. Mientras, yo veía caer los chismes en ese cuarto uno a uno, como las gotas de agua de un grifo que se queda medio cerrado.

Recuerdo a la abuela rodeada de una horda de seguidores, de garrafas de agua, tazas, cucharillas manchadas, restos de harina y azúcar, y ese intenso olor a café que se me quedaba en la nariz. Todos la agasajaban. Apenas entendía de qué hablaban, quizá alguna vez hubiera problemas graves, pero daba la sensación que nunca tenían que ver con nosotros. Como cuando contaron que nuestra vecina, Lola, se había vuelto loca y había empezado a meter en el congelador a sus canarios. De esas cosas hablaban los vecinos y sus canarios, que yo escuchaba desde el cuarto en el sopor de mis lecturas escolares — los libros de Papelo o el viento entre los sauces— era cierto que habían dejado de oírse. Pero tampoco me resultaba eso especialmente inquietante, en esa época yo sentía una indiferencia absoluta hacia los animales y el sadismo de congelar vivo un animal no me parecía descabellado. Había un gato que me producía especial aversión, a veces se aparecía por la azotea de casa, tenía un ojo blanco, vaciado, y no podía mirarlo sin pensar que iba a caérsele por el suelo y perderse por el desagüe, obligándole a mostrar un hueco negro de sangre coagulada.

Aquellas tardes no me interesaban mis tíos ni de lo que hablaran, pero sí el café, tanto que me paraba a esperar a que se hiciera en la cocina, fascinada por la fumata de humo de la cafetera, ese tótem de metal con asa negra. Mi altura no me daba para observar el hornillo, pero el sonido era un runrún incierto, como de una locomotora que se dejaba morir por la garganta y que guardaba en sus entrañas un tesoro de perfumes esenciales. Un día vi café preparado sobre la encimera y, subiéndome a una silla, bebí directamente desde la jarra grande. El sabor era un amargor dulce y la boca me supo a tierra seca. Mamá pasó por ahí en ese momento y me prohibió volver a tomarlo hasta hacerme mayor. Entonces tenía ocho años. Recuerdo ese sabor en mi boca, el líquido oscuro rezumando mis labios y una extraña sensación de triunfo. También recuerdo el rostro de mi madre, su preocupación por la posibilidad de que el termo me golpeará la cabeza y cayera, dejando un desastre de manchas negras por el suelo de la cocina. Luego el gesto de profanación, la sensación de sacrilegio consumado con que mi madre me miraba.

Tengo que reconocer que la escena del café no tenía nada de especial. Mi predilección por la ingesta de líquidos prohibidos venía de lejos, si es que son verídicos los relatos de mi padre. De esa parte de mi vida recuerdo el sonido de cristal de los vasos y otra vez un amargor, pero en este caso diferente, un poco más tibio, que dejaba un resto espumoso en los labios y un bigotillo blanco. Mis padres siempre iban a una taberna sucia donde se encontraban con amigos, las sillas y las mesas estaban viejas, el camarero llevaba una boina negra y solamente servían latas de conserva. Las paredes recordaban a los fondos de algunos cuadros de Velázquez, con sus colores entre pardos y grises. A mi padre le encanta contar que solía beber los restos de cerveza caliente que quedaban en los vasos. Se ríe al contarlo. Yo sólo recuerdo esos fondos telúricos en relieve, que parecían piedras sostenidas en el aire y daban la sensación de estar dentro de una cueva. Con esto mi madre sí se enfadó bien, dice mi padre que cuando me pilló me cruzó la cara. Ella lo recuerda ahora con una sonrisa disimulada, imagino que por lo cómico que resulta ver esta inocente transgresión de la infancia, este golpe en la boca de una curiosidad suicida. Ellos dicen que en una de esas tiré el vaso al suelo y vomité. Pero yo creo que exageran, no me olvidaría nunca de mi primera vomitona.

El café era diferente, porque de la misma manera que mi madre se opuso a mi consumo de café, mi abuela no estimaba que fuera un mal hábito. Parecía como si la inteligencia de una generación superior siempre estuviera un paso por delante y así mamá conocía mi deseo por el café y la abuela conocía que mamá conocía mi deseo por el café y que no lo

aceptaba. Todo esto dio lugar a una situación singular porque mientras que mi madre creía que yo había aceptado sin discusión su veto, y así lo aparecía a primera vista, cuando ella iba a trabajar y me quedaba sola con la abuela, ésta, con sus andares lentos y gestos fatigados, preparaba café y lo tomábamos juntas. Hubiera sido demasiado pedir a mi abuela que me subvencionara una adicción prematura al alcohol, pero el café era inofensivo. No tenía nada de malo y ese ultraje de una ley supuso el inicio de una especial complicidad entre nosotras. Nos quedábamos sentadas en el sofá viendo algún programa de televisión mientras hacía lo deberes. Ella tosía y tosía, y luego me miraba fijamente con sus ojos amarillos.

Por aquel entonces yo no comprendía nada: ni el incremento las visitas, ni la tos, ni esa ingesta masiva de medicamentos. Era natural. No tenía nada de especial que la abuela tosiera o tomara pastillas: era vieja y, hasta donde llegaba mi memoria, siempre lo había hecho. Tampoco se le puede pedir a una niña que comprenda que las visitas reiteradas de los tíos —sus hijos— tenían un motivo específico. Uno entiende eso más tarde, cuando ha pasado el tiempo y es capaz de identificar conductas que, por lo que sea, nos parece que no tienen segundas intenciones. Entonces te das cuenta de que cuando un ser querido está cerca de morir, lo que toca es ir a verlo, aprovechar el tiempo, pasar buenos momentos junto a él y si, es posible, que no queden cosas por decirse. Existe como un acuerdo tácito entre el que visita y el visitado. Ambos saben que la comparecencia continuada tiene un motivo particular, pero éste queda omitido, impregnando el ambiente como un fondo difuso, como de una niebla en la que todos se mueven y en la que nadie quiere quedarse estancado. Las palabras entonces entrañan cierto peligro: la sinceridad se vuelve inmoral. Pero es imposible pedir a una niña que entienda todos esos subterfugios, todas esas simulaciones, todos esos sobrentendidos. Además, en nuestra casa nunca pasaba nada, ningún problema tenía que ver con nosotros.

Un día mi padre llegó a casa y comentó que había muerto Alfonso, el hombre que vendía los periódicos en el quiosco de la plaza. Era un hombre colorado y obeso, siempre con una media sonrisa y el flequillo un poco subido, estirado con un peine. Recuerdo acompañar a mi padre cuando iba a su quiosco después de comprar el pan, y mientras él se llevaba el periódico —normalmente compraba el Diario de Sevilla y leía algunas secciones al azar—, yo iba cogiendo chucherías y alguna revista que me llamaba la atención por los colores vivos o por las fotos de los famosos que aparecían en la tele. Alfonso era simpático y sonreía con su enorme cara, como un sol inmenso y desorbitado.

Cuando había fiestas en el pueblo y salía con mis amigos, Alfonso me dejaba coger lo que quisiera con la promesa de que mi padre pagaría la cuenta el siguiente día. Y es que los que compran periódicos, lo compran todos los días, por eso el puesto siempre estaba abierto y, a veces, no era Alfonso, sino su mujer, Lorena, la que abría, y algunas veces estaban los dos y llevaban a su hijo, Pedro, que era tres años más pequeño que yo. Cuando mi padre entró en la casa y dijo que Alfonso había muerto, todavía no había visto a nadie que formara parte de mí día a día —aunque fuera nimiamente y en la forma de un vendedor de periódicos— morir. Alfonso fue el primero. Recuerdo que le pregunté a mi padre que cómo era posible, que cómo había podido pasar eso sí, no hace mucho, quizá una semana antes, quizá diez días, como mucho un mes, habíamos pasado por el quiosco y, como siempre, nos había vendido un periódico y subsanado alguno de mis caprichos. La vida es así —dijo mi padre—. Ahora está en el cielo —continúo, como queriendo aclarar que se encontraba un buen lugar, en un sitio en el que, a pesar de la experiencia de la muerte, se está mejor—. Yo pensé un poco en todo eso, pero al final la muerte de Alfonso no pasaba en nuestra casa. Sí que recuerdo a Pedro, su hijo, tan pequeño y sin padre. Recuerdo que parecía que escondía la mirada detrás de sus gafas, y a veces lo veíamos por la calle y mi padre le invitaba a un refresco y le daba un billete de dos mil pesetas. Pero después, cuando se levantaba de la falda de mi padre o su madre venía a recogerlo seguía ahí, esa especie de presión intensa como un estrujamiento de los ojos y el rostro, como un empuje que venía de otra época, como una coacción del tiempo escondida en la mirada de Pedro, oculta detrás de sus gafas.

Mientras tanto, aquellos días en que venían los médicos y toqueteaban a mi abuela —así lo decía ella: me toquetean— no tenían para mí la menor importancia. Ella seguía financiando el estraperlo de café, lo teníamos bien montado en casa porque, como por las mañanas antes de ir al colegio tenía que desayunar con mi madre y siempre me hacía Cola Cao, teníamos coartadas de sobra para justificar que por la tarde hubiera más tazas de la cuenta en la mesa del salón. Uno de esos días, yo vine de clase con la manía de ponerme dos grandes coletas, una a cada lado de la cabeza. Eran dos coletas hermosísimas que habían empezado a ponerse de moda, porque las llevaba la protagonista de una serie para adolescentes. Se lo dije a mi abuela y ella, rompiendo los pronósticos, pues siempre tenía el pelo recogido en un moño y ni mucho menos era una experta en la estética de los años noventa, accedió a hacérmelas. Me mojó el pelo y, bruscamente, empezó a hacer la raya

para dividirlo, recogíendolo en forma de cola primero de una parte y luego de la otra. Yo veía sus manos trabajar con el peine y sentía los tirones, recios, duros, marcando la superficie del pelo como un tiralíneas. Era como un dolor sostenido, al que te ibas acostumbrando con el tiempo. Mientras, pensaba en lo bien que iba a quedarme el peinado, como una de las chicas que aparecen en las revistas que compraba en el quiosco de Alfonso. Imaginaba que mañana en clase todas mis compañeras querrían tener el pelo como yo. Imaginaba los comentarios en voz baja, como todas hablarían, los rostros llenos de envidia. Pero, cuando mi abuela terminó y me miré en el espejo, sentí vergüenza. Me había dejado como una niña. Es posible que yo no tuviera el pelo lo suficientemente largo como para hacerme las coletas que quería, pero el peinado que me había hecho mi abuela resaltaba que no dejaba de tener doce años. Daba igual el café, mi abuela seguía pensando que yo era una niña. Ella vio en mi cara el disgusto e intentó mostrarme que me quedaba muy bien. Pero los motivos que utilizó para defender el peinado, eran los mismos que me hacían odiarlo. No había consuelo posible. Me fui a mi cuarto y, frente al espejo del escritorio, me deshice de las coletas que me había hecho mi abuela e intenté dejarme el pelo como lo tenía antes. Cuando volví al salón, mi madre había llegado del trabajo. Estaba hablando con mi abuela, que seguía sentada en su butaca roja. Yo me senté y me quedé callada mirando la tele. Ese día, por la noche, a punto de acostarme, mi madre vino a mi cuarto y me dijo que no discutiera con la abuela. Cuando se marchó, me acordé de Pedro y de la opresión de su mirada contra las gafas. Pensé en todos los compañeros de clase mirándome por el peinado, como miraban a Pedro desde la muerte de su padre. Aquella tarde fue la última que le pedí a mi abuela que me hiciera café.

Pasó el tiempo y la casa se llenó de un trasiego de cuerpos y de pasos, las visitas seguían y mi abuela llegó un punto en que nunca estaba sola. No fue de repente, porque había como un rastro de días que ya prefiguraban que, tarde o temprano, esa mujer que empezaba a necesitar ayuda para levantarse y sentarse al salón, para ducharse y cambiarse de ropa, llegaría un momento en que sería incapaz de salir de la cama. Recuerdo que el último día, ese en que mi abuela no pudo ya levantarse, yo estaba sentada en el salón, rodeada de gente, y podía ver un reflejo de luces amarillas, como una fosforescencia viva, que venía de su habitación hasta el pasillo. Uno a uno, todos iban atravesando esa ráfaga cobriza, para encontrarse con mi abuela. Se despedían. Yo miraba desde el salón el pasillo, lleno de gente y de murmullos. Sentía miedo. Empecé a pensar en Pedro, en cuando lo veía andar por la calle con su madre o cuando mi padre lo paraba, lo sentaba

en sus rodillas y le daba un billete de dos mil pesetas. Empecé a pensar en lo que se escondía detrás de sus gafas, en su rostro que parecía soportar algo que le presionaba, que quería salir a la superficie y mancharle los ojos y la cara.

Me levanté y me dirigí a la cocina. Mi madre estaba ahí, preparando café. Se acercó y me dio un abrazo. Me dijo que no me preocupara, que estas cosas son naturales. Me dijo que no tuviera miedo. Me dijo, aguantando las lágrimas, cosas parecidas a las que me dijo mi padre cuando le pregunté que cómo era posible que se hubiera muerto Alfonso. Se marchó y dejó la cafetera sobre el hornillo de la cocina. Recuerdo el aroma a café recalentado, como golpeado por las llamas, después de haber preparado ya varias cafeteras. Olía a trapos sucios y a cansancio. Entonces, cogí dos tazas y vertí el contenido. La casa estaba llena de gente, pero no me importó. Crucé el pasillo bañado de luz fosforescente, una luz húmeda que se pegaba a los huesos, con las dos tazas preparadas. Mi madre estaba en el sofá hablando con la gente. Daba explicaciones sobre cómo había sucedido todo. Creo que al verme pasar se dio la vuelta. Llegué a la habitación de mi abuela y otras dos viejas, que estaban al lado suya, se levantaron. Te dejamos con tu nieta —le dijeron—. A mí me dieron un beso antes de salir de la habitación. Mi abuela estaba tumbada, tranquila, le costaba respirar. No tenía lágrimas en los ojos, pero sí el rostro agotado. Me acerqué a la cama, la ayudé a que se incorporará y le dejé la taza en las manos. El calor del café empezó a colorear sus dedos. Esta vez no te has tenido que subir a la silla —dijo—. Una sonrisa, anhelada desde hace tiempo, se dibujó en sus labios. Entonces comprendí qué era esa presión que Pedro, el hijo de Alfonso, escondía detrás de sus gafas.

Argentina

LA NOCHE DE LAS FIESTAS

Octavio, mi padre, se sentaba solo en medio de la noche blanca de las fiestas y miraba hacia afuera. Hacia la luna. Se quedaba muy quieto en el sillón con los ojos fijos en la ventana que daba al jardín y ahí permanecía por largo rato, a veces por horas.

Las luces rojas y verdes de la Navidad le coloreaban el rostro pero no parecían perturbar sus pensamientos. Él no hablaba acerca de eso, jamás lo hizo.

Siempre tuve la impresión de que no lo conocía, y que mi madre tampoco. Que realmente éramos satélites que estaban fuera de su órbita. Extraños a los que nunca revelaría su verdad.

Sabía que me quería, pero qué forma de querer en silencio. Mi madre me decía que él era así, que se había acostumbrado a su poca habladería y a sus pequeñas, casi ínfimas, muestras de afecto.

Pero, ¿un hijo debería hacerlo? Conformarse con un toque en el hombro o una tímida sonrisa, casi imperceptible, me parecía hasta injusto. No me dolía, me enojaba. Estar cerca de él era como tomar un tren que nunca llegaba a la última estación, que siempre parecía detenerse en medio de la nada.

Cada Navidad era peor que la anterior. Las luces verdes y rojas bañaban las paredes de la casa y entonces él se levantaba de la mesa y partía hacia el sillón. Desaparecía para nosotros y nosotros para él. Nunca nos decía absolutamente nada. Mi madre acariciaba mi mano y me miraba con amor, pero yo no podía. Porque nunca veríamos la luna de la forma en que él lo hacía.

Cuando mi padre finalmente falleció, yo estaba en uno de mis viajes al exterior. Mi madre me dio la noticia por teléfono; no lloré ni un poco, ni siquiera se me cayó una lágrima. Envié el dinero que se necesitaba para el entierro, y encomendé a mi secretaria la tarea de comprar una corona fúnebre y unas velas que mi madre me había encargado.

Octavio falleció un 24 de diciembre. Aquella misma noche, decidí volver a la casa. No iba a hacerlo, tenía mucho trabajo, pero era la primera Navidad de toda mi vida sin él. Y, por algún motivo, sentí que debía regresar.

Mi madre me recibió vestida de luto y con un pañuelo húmedo en la mano. Me abrazó y yo le correspondí. Luego nos sentamos y le pregunté sobre los últimos momentos de mi padre.

—Fueron allí— dijo, mientras apuntaba con el dedo hacia el sofá que daba a la ventana. Yo ya lo sabía, pero necesitaba esa confirmación.

Ella me extendió un sobre y yo la miré perplejo.

—Dejó esto.

Entonces, tomé el sobre y pedí a mi madre su aprobación para sentarme en el sofá de Octavio; ella me concedió el pedido.

Llevé mi cuerpo hacia el espacio sagrado de mi padre, el que solo estaba reservado para él, y me senté. Lo primero que noté fue que la forma de su cuerpo aún permanecía grabada, estampada en aquel sofá. Era casi como sentirse abrazado por su olor.

Le dije a mi madre que encendiera las luces verdes y rojas, y que me dejara solo.

Allí, en medio de la noche blanca, abrí el sobre. A la primera lectura, entendí que las palabras de Octavio no estaban dirigidas para mí, sino para un destinatario que había muerto mucho antes que él.

Octavio, estas palabras las escribí hace mucho tiempo. Creo que antes de que supiera que moriría. Las escribí, precisamente, mientras te miraba a ti en la luna. Mientras pensaba en mamá, papá, en tí y en mí. En nosotros. Y me imaginaba otro final. Creo que me había decidido a escribir que eras tú el que sobrevivía, que te rescatarían los buenos y te llevarían con ellos hacia tu nueva vida. Que saldrías del pozo en lugar de mí, y que te llevarías contigo a cada uno de nosotros, como un recuerdo lindo. Nunca te lo dije pero si hubiera podido elegir, te hubiera salvado. No me hubiera salvado a mí. Eras mejor, eras el mejor, y bien podrías haber hecho de tu vida una gran obra. Cada vez que miro la luna me pregunto por qué te mataron, por qué me dejaron a mí. No encuentro motivos, tal vez fue solo un error, y yo debí morir pero no lo hice. Por una extraña razón, viví otra vida, una vida ajena. Me casé y tuve un hijo, pero nunca salí del pozo, nunca te solté, tampoco a papá y a mamá. Me quedé ahí, en la noche de las fiestas en medio de los bombardeos. En nuestro frío, en la luna redonda y blanca camuflada de rojo y verde. Me quedé adentro del pozo, comiendo ratas muertas, oyendo los disparos y el olor de la pólvora mezclada con la sangre. Y me parece que viví una vida que no era mía, que yo tuve que haber

recibido la muerte y tú la vida, y no al revés. Me parece, me temo, que viví tu vida. Que cuando miro a la luna te estoy mirando, y me devuelves la mirada, y los dos sabemos que alguien se equivocó. Que Dios, si es que existe (que ahora lo dudo), se equivocó. Entonces, por respeto, no vivo tu vida, es decir, la vivo a medias. Te di a tu hijo. Tomé tu nombre, porque siento que así estoy haciendo un poco de justicia, y sin embargo no lo creo en absoluto. No hay justicia, no existe. Por eso te visito en las fiestas y te guardo en la luna, te invoco, te pienso, te extraño. Tu hermano que te quiere y que te mira, siempre.

José.

Hice el intento y caí al pozo. Hacía frío, y de fondo había tiros y olor a pólvora mezclada con sangre. La luna arriba, redonda e iluminada como nunca, y abajo nosotros. Vi a Octavio, mi tío. Ví a mi padre también, José. Los vi juntos, abrazados, dentro del pozo. Uno presente para el otro.

Y entonces me llevé esa imagen y volví a la tierra, al sofá de casa, a las luces verdes y rojas de Navidad.

Mi teléfono sonó y atendí.

—Señor, ¿Qué le escribimos en la corona de flores? — me preguntó mi secretaria.

—Anote lo siguiente, por favor: “Te visito en las fiestas y te guardo en la luna, te invoco, te pienso, te extraño. Tu hermano que te quiere y que te mira, siempre. José”.

Perú

MISS OLGUITA

Con usted aprendí que blue significa azul. También aprendí que “jirafa” se escribe con jota y no con ge y que mezclando rojo y amarillo se obtiene naranja. Usted fue la única que no se burló cuando, frente al salón, tartamudeé cuando debía hablar sobre mis vacaciones de medio año. Fue vergonzoso, pero usted dijo que no me preocupara, que hiciera un dibujo y que se lo presentara. Aún parece ayer cuando colocó una estrellita escarchada sobre mi frente y yo me sonrojé cuando dijo que mi dibujo le recordaba a un cuadro de Van Gogh.

Recuerdo que sus clases iniciaban con un padrenuestro que no dudábamos en repetir sin entender el significado de muchas de las palabras que pronunciábamos. Miss Olguita, ¿se acuerda cuando nos preparó para el concurso de baile escolar con esa canción de los Beatles que sonaba en el viejo tocadiscos del colegio? ¿Se acuerda que yo no quería bailar porque no sabía hacerlo y usted tomó mis manos pequeñas y me enseñó algunos pasos? Desde ese día bailo todas las canciones como si fueran esa que usted me enseñó a bailar, lo cual, con mucho humor, he asumido como un sello personal y me ha ayudado a aceptar que tengo dos pies izquierdos.

¿Se acuerda usted cuando inventé un neologismo? Mi madre asustada pensaba que sufría de dislexia y usted le dijo que no se preocupara, que seguro por escribir rápido había invertido el orden de las sílabas. Ambas rieron al ver en mi examen la palabra “mopo” en vez de “pomo”. Le cuento Miss Olguita que aún hoy en día, en los desayunos dominicales, mi madre me pide que le pase el “mopo” de mermelada.

Por su silencio intuyo que no me recuerda. Su mirada perdida tampoco me dice mucho. El enfermero me indica que el tiempo de visita ha concluido. Me despido de usted y en su rostro se esboza un gesto que no logro interpretar. Mientras camino hacia el auto guardo la leve esperanza que en algún momento aparecerá en su mente esa imagen mía de niño preguntándole sobre los hombres en la luna o la extinción de los dinosaurios. A lo mejor, quizás, hasta recuerde mi nombre o que Van Gogh la ha visitado hoy como cada año para regalarle un tierno beso en la frente e irse eternamente agradecido.

México

CONFESIONES DE MI OSCURIDAD

Por las mañanas, al despertar, cuando mi mente está despejada como un cielo sin nubes, imagino cómo habría sido mi vida de haber crecido en una ciudad. Otras veces cambio a mi familia y algún otro factor de nuestro entorno, como nuestra situación económica. Las variables se alternan creando resultados posibles en una espiral infinita e invisible.

A veces soy consciente de lo improductiva que resulta tal actividad, no sólo porque no puedo regresar el tiempo para imponer mis variables, sino porque tengo la certeza de que no cambiaría mucho de mí o de alguien. Pienso que quizá hay algo ya dado en nuestra esencia, algo que forma tu visión de la vida, más allá de la bondad y la maldad: es el énfasis, luminoso o sombrío que elegimos brindarle a los sucesos. He visto hombres que llevan una vida tranquila y agradable, pero con una mirada apagada, y a mendigos de mirada brillante, con hambre de pan y ansias de vida.

Me pregunto, ¿cuándo se forma esa visión? Supongo que viene dada con la pérdida de la inocencia. Todos somos más luminosos de niños, o por lo menos yo lo era cuando tenía seis años. Era fantasiosa y creía todas las historias de papá, por más intrincadas e inverosímiles que fueran.

Lo recuerdo con su sombrero de paja recostado en la hamaca de colores, que pendía de los árboles. Siempre estaba repasando sus diálogos. Era actor o eso decía. Hacía presentaciones de teatro de vez en cuando en el pueblo de Papiora, con su grupo de amigos apodados cómicamente “Los guarachudos”.

Mi madre odiaba eso. Ponía las manos en su cintura pidiéndole que buscara un trabajo de verdad. Era la plática típica a la hora de la comida... o más bien cuando no había comida. Mi papá ponía los ojos en blanco alegando que la actuación era un trabajo serio y que el día en que la suerte le sonriera, la fama y el dinero lo harían también. Entonces le compraría una hacienda con cien vacas y muchas hectáreas de cultivo.

Mi madre fastidiada colocaba las manos en su vientre y daba un respiro hondo antes de contestar.

—Los trabajos de verdad llevan comida a tu boca, Ignacio. Para cuando la suerte te sonría, moriremos de inanición.-

—La gente no tardará en reconocer mi talento.-

—Suponiendo que tu actuación fuera lo mejor de lo mejor, Ignacio, esos ignorantes del pueblo jamás se darían por enterados, porque ignorantes, como son, no saben que en la frase “la abortera del pueblo” hay más de un error. Primero porque la palabra abortera no existe y segundo porque estamos entre dos pueblos, no en uno.

Abortera.

María Fernanda, mi única amiga en la escuela, ya me había dicho antes que había oído a unas señoras en el mercado llamarme la hija de la “abortera”. ¡Qué palabra tan interesante! Cuando Fernanda lo dijo, pensé que era una tontería, pero cuando mamá lo mencionó con esa indignación me cautivó. Papá me miró de soslayo.

—¡Cállate, mujer, que las niñas escuchan!

— ¡A callarse los mudos! ¡No has traído ni un centavo a esta casa desde hace más de tres años!

—Y seguimos con vida.

—Porque mi hermano José nos ayuda.

El tío José era algo así como un Santo. Trabajaba de herrero en Santa Rita y vivía con nosotros, pues nunca se había casado. Mamá decía que, de no ser por su benevolencia, estaríamos desamparadas ante las inclemencias de la vida.

Cuando estas discusiones comenzaban a crecer, mejor tomaba a mi hermana Caridad en brazos y la sacaba conmigo al patio. Cari apenas tenía cuatro años, era menudita y morena, de ojos oscuros y una sonrisa chistosa.

Mientras ella jugaba brincando la cuerda, a mí me gustaba pasar el tiempo leyendo. A pesar de contar con poco dinero, mi papá se las arreglaba para traerme un libro del pueblo cada semana. Yo lo devoraba apenas tocaba mis manos.

Afuera el silencio era agradable. Mi familia y yo vivíamos en la nada, entre Papiora y Santa Rita, así que el único ruido que se oía era el de las aves y a veces el del cuarto de los gritos. Detrás de mi casa había un pequeño cuarto blanco. Tenía prohibido estar ahí.

Mi padre decía que había espectros malignos acechando en la oscuridad para tomar el alma de los niños que se atrevieran a pasar. Confundida, renegaba con mi voz cantarina:

—Pero, padre, y esas muchachas que vienen de los pueblos, ¿por qué pueden entrar con mamá?

— ¡Ah, eso, Silvia, es porque todos en el pueblo saben de los espíritus! Le pagan a tu mamá para ir a verlos. Ella las acompaña para que no sientan miedo.

—Yo quiero entrar, no tengo miedo. Yo no gritaría como ellas.

De vez en cuando llegaba una muchacha de cara triste. Pasaba al cuarto con mamá, luego había gritos. Al salir la mujer, asustada y cansada, se movía sudorosa y tambaleante de los pies.

Aunque decía que esas mujeres eran unas cobardes, la verdad yo también tenía algo de miedo. Pensaba que algún día mi madre dejaría sin candado la puerta y yo podría pasar... Estaba segura de que ahí vivía el monstruo. Durante el día se ocultaba ahí pero por las noches entraba a mi habitación, como una sombra. Yo cerraba los ojos con fuerza y no gritaba, no quería despertar a Caridad por temor a que le hiciera lo mismo que a mí, con sus horribles tentáculos subiendo por mis muslos hasta poseerme. Yo temblaba. Temblaba con él encima de mí, y entonces cuando terminaba conmigo, me susurraba: “dulces sueños”.

De niña siempre creí en esa criatura, porque cuando eres pequeña te protege el velo de la ingenuidad. Con el tiempo éste se desgasta hasta desaparecer y un día entiendes que la casa de los gritos es donde mueren los bebés, y el santo se transforma en diablo, porque la criatura que me visitaba por las noches no tenía tentáculos, ni ojos rojos, porque no era otro que mi tío José.

Argentina

EL GATO

Lo vi por primera vez en la calle. Era tarde y la luna iluminaba la vereda. Entre cajas de cartón apareció su silueta y lo escuché maullar. Me detuve. Escuché su llanto felino como una música, como una melodía nocturna que llegaba hasta mí pidiendo auxilio, comida o caricias, no lo sé, pero algo en su voz me llamaba, así que me acerqué.

Nunca quise a los animales, nunca los amé, pero había algo en este que me atrajo irresistiblemente, como los imanes atraen al metal, así que me agaché y extendí mi mano. El gatito vino de inmediato y caminó entre mis piernas restregándose, dejando su aroma en mi pantalón y en mis medias. Lo toqué y maulló otra vez, esta vez fue un maullido largo y agudo, una nota musical que llenó el vacío de la noche por completo. Cuando puse mi mano en su cabeza, él me miró y comenzó a ronronear, arqueó su espalda y se restregó otra vez contra mis piernas.

Así que ya éramos amigos. Al parecer, él me aceptó de inmediato. Me pregunté qué habrá visto en mí. ¿Por qué yo? Entre la multitud de transeúntes que desfilan por esta calle y gastan las suelas de sus zapatos en estas veredas. ¿Por qué me eligió a mí?

De manera que empezamos a vernos con frecuencia. Cambié el recorrido que hacía al regreso del trabajo para pasar por la calle donde estaba el gato. Le llevaba comida y me quedaba acariciándolo un rato. Nuestra relación se fortaleció con el tiempo. El gatito sabía a qué hora pasaba yo por su vereda y me esperaba con impaciencia. Cuando me veía doblar la esquina había una expresión en su cara, alguna clase de brillo en sus ojos y me di cuenta de que esa curva en sus labios era una sonrisa, que se había apegado a mí y disfrutaba mi compañía.

Pero nunca lo quise, ni me gustó demasiado. Era un gato sucio y pulgoso, tenía una oreja caída y caminaba desparejo como si una de sus patas fuera defectuosa. Nunca pensé en llevarlo a casa, darle de comer en la vereda era suficiente. Nunca hubiera llevado a casa ese gato maloliente.

Después pensé en el dinero que gastaba cada semana dándole de comer, porque además la comida de gato había subido de precio, y pensé también en el tiempo que desperdiciaba yendo hasta esa calle alejada, porque podía estar en casa mirando la tele. Así que una buena tarde decidí que ya era suficiente, ya era hora de terminar con todo esto.

-----***-----

Lo vi por primera vez en la calle. Era tarde y la luna había llenado por completo el cielo, inundando la vereda con su luz. Primero escuché sus pasos y luego vi aparecer su sombra. Una emoción inesperada recorrió mi cuerpo, instintivamente supe que este era el correcto, que debía salir de entre las cajas y acercarme a él. Así que lo hice, maullé y caminé algunos pasos. Él se detuvo y me miró. Me pareció que dudaba, pero yo sabía que él era el indicado, así que debía hacer algo para cautivar su atención.

Me restregué entre sus piernas y maullé otra vez, lo miré con ojos tiernos, intenté seducirlo y cuando él se agachó para acariciarme, arqueé el lomo y sonreí.

Sin dudas ya éramos amigos. Sí, la amistad felina es inmediata. De modo que construimos una relación en la que él venía todos los días a la misma hora para alimentarme, yo lo esperaba con entusiasmo y le sonreía cada vez con el mejor brillo de mis ojos. Me acercaba a él en cuanto oía sus pasos, porque conocía el sonido de sus pisadas que se habían convertido en una música para mí, una anticipación de las cosas por venir. Sin embargo yo sabía que me acercaba, de a poco, hacia la premeditada conclusión de nuestra amistad.

Porque nunca quise a ese hombre. Yo no quiero a los humanos, pero los tolero porque me alimentan. Podría pensarse que los uso, que manibro mis acciones para engañarlos y convencerlos de que desarrollé algún cariño por ellos para que me den de comer. Entonces me restriego por sus piernas, les maulló con dulzura, les sonrío con pasión, y todo es una farsa. Cuando el estómago está lleno, todo se acabó. Sin embargo con este tipo era distinto. Sentía por él casi la misma indiferencia que siento por los demás, pero había algo, había algo más.

De modo que las cosas llegaron a su punto culminante. La situación era ya intolerable, así que decidí que había que hacer algo, que el mundo no es suficientemente amplio para los dos y que esta maldita criatura debía desaparecer.

Sería fácil, una maniobra rápida, un golpe fulminante y así llegaría su final.

De manera que la siguiente vez que nos encontramos actué amigablemente, como siempre. Nada delataría mis intenciones, me mostré sonriente y muy alegre de volver a verlo.

El momento llegó. Se acercó a mí. Esta era mi oportunidad.

Todo ocurrió en un solo instante. Él nunca supo qué fue lo que le pasó. Como un rayo le llegó la muerte y ahora él se ha ido, él ya no existe. Bueno, su cuerpo aún existe, está tirado en la vereda a mi lado, espero que el barrendero se lo lleve a la mañana, pero su alma ya no está en este mundo. Sinceramente espero que esté perdiéndose en algún laberinto infernal.

Ahora la luna, como tantas otras noches, desparrama su luz por la vereda mientras yo me pregunto quién será el próximo que vendrá a darme de comer, y cuando levanto la mirada al cielo, veo los ojos sucios, el bigote torpe, en la perfecta redondez de la luna veo la odiosa cara de ese hombre.

Chile

HISTORIA DE UN HOMBRE QUE AMÓ

A Sinái

“No ser amado es una simple desventura. La verdadera desgracia es no saber amar”.

Albert Camus

Desde una antigua silla de madera, de al menos medio siglo, un viejecito de pelo blanco, de arrugas prolongadas y de sonrisa de tabaco, contemplaba, con mirada aún adolescente, a una delgada joven de bellas formas y coquetas intenciones. Definitivamente, sus ojos no podían apartarse de ese viejo mueble, quizás tan viejo como él mismo, porque, sobre este, posaba para él, y solo para él, esa joven dama, hermosamente capturada dentro de un pequeñísimo marco. En efecto, todos los pasillos de esa casa, todas las actividades en ese hogar, todas las intenciones dichas o no dichas y todos los pensamientos y deseos, lo transportaban automáticamente hacia ese mínimo altar, frente a ella.

Hemos de afirmar entonces que si había algo inevitable en este mundo, era ello. Después de todo, cualquiera hubiera notado que cada vez que sus ojos descansaban allí, sobre el viejo mueble, el anciano se quedaba atónito observando la pequeña fotografía, como si estuviera perdido en el *tiempo*. Luego sonreía. Finalmente, se enamoraba. Una y otra vez se repetía la historia. Insistentemente, casi por arte de magia, por absoluto deseo, se detenía para buscar los enormes ojos de esa señorita, quien vanidosa, con ropas de otra época, revelaba una enorme alegría frente a una cámara de otra época, dentro de ese cuadro que prolongaba, indefinidamente, el *recuerdo*. Él, sonriente, anciano, cándido, enamorado, no le quitaba los ojos de encima, como si fuera un punto fijo de la *eternidad*, como conmemorando el acierto de haber tomado esa foto, de haberla *inmortalizado*. Por eso no es de extrañar al lector, que cada vez que lo hacía, cada vez que su espíritu descansaba allí, sostuviera firme una copa de buen vino, prestamente ubicada junto a una botella de *cabernet*, con la que no dejaba nunca de brindar como si en esta escondiera una profunda esperanza, al contemplar al amor de su vida; aunque también se notaba mucho de ansiedad.

Años habían pasado desde que comenzaron a vivir en ese “hogar”, porque en eso se había convertido esa envejecida, pero siempre hermosa casa: en un verdadero “hogar”. O, al menos, así lo entendieron desde el momento mismo en que se mudaron allí, en que comenzaron a darle forma a sus anhelos de felicidad. Al principio les fue difícil, como a todo matrimonio joven; pero no tanto, pues nunca estuvieron solos en esta aventura: siempre se tuvieron uno al otro. Ciertamente, fue tan poderosa esa unión durante el *tiempo* que duró, que en esa enorme casa habitada ahora por un ancianito con olor a tabaco, nunca se alcanzó a sentir la *soledad*. Esto, aun cuando, el mundo alrededor había cambiado progresivamente.

Ahora edificios impensables en su juventud se elevaban dentro de un barrio en el que muy pocos de sus primeros vecinos aún vivían, pero en el que ya varios habían sido velados. El almacén de la esquina, ese almacén de toda la vida, ya no existía más, puesto que hace poco habían abierto un enorme supermercado. ¿Cómo competir contra esos monstruos del capital? Ya poca gente lo saludaba en la calle, como si los buenos modales se hubieran vuelto obsoletos y el desear un “buen día”, una cosa extraña, fuera de estación, incluso sospechosa. A veces, a la vuelta de la esquina se encontraba con la señora Inés, vestigio de otro tiempo, con quien, por cierto, conversaba como solía hacerlo en su juventud. Por ello, su sorpresiva muerte fue una muy mala noticia. Al final, su casa, su hogar, se convertía en ese espacio maravilloso donde aún podía ser él, libre y soberanamente. Y esa silla, frente a la joven y coqueta dama de la fotografía, su lugar idóneo, místico, donde cada tarde abría una botella de vino y conversaba con el pasado; siempre, mientras buscaba los enormes y dulces ojos que le coqueteaban descaradamente.

Ese era sin duda su retrato preferido, la foto que más adoraba de ella, el sueño predilecto y único de su contemplación cuando se trataba de beber un buen *cabernet*, afirmaba. No obstante, las paredes de su casa estaban llenas de imágenes de un pasado feliz, que en su mente parecían una *constante* fuera del *tiempo*. En el living, en el comedor, en el dormitorio, junto a la escalera, se observaban varios y antiguos cuadros de distintos tamaños, de diferentes momentos, de diversos instantes de su vida, como si su cámara nunca hubiera dejado de funcionar. Desde hace años, el ancianito solía dirigir sus miradas hacia esos lugares de los *recuerdos permanentes* como si al hacerlo, todas las historias, anécdotas, risas, llantos, alegrías, tristezas hubieran sido *ayer*; y volvieran a ser *mañana*.

El día martes, por ejemplo, junto a la delgada joven de ojos enormes, el viejito redescubrió a una esbelta dama vestida a la usanza de una bella princesa de fábula recorriendo las

escaleras: “Blanca y radiante”, recordó. Luego se sonrojó como si acabara de “pedir su mano”. Un día miércoles, sobre la mesita coja de su dormitorio, su vista lo obligó a enamorarse otra vez, puesto que su mirada coincidió con la de una hermosísima mujer, quien le sonreía lúdica con un bebé en sus brazos; bebé que casi simultáneamente comenzaría a llorar. O esa es la historia que alguna vez me contó. Jueves, viernes, sábado, domingo: la vida parecía renacer en su hogar, sin detenciones, tras cada vistazo, como si realmente fuera *inmortal* dentro de ese torbellino de imágenes llenas de magia e historia.

Hoy se detenía en esa foto, mañana sería otra. Ayer contemplaba a un joven, muy parecido a él, vestido de traje, que sonreía junto a la dama del cuadro sobre el viejo mueble. La historia tras la imagen era sencilla: ese día, se habían juntado después del trabajo. La ciudad, en ese entonces, no era un bloque de cemento, por lo que no era tan difícil llegar al campo o, simplemente, encontrar un árbol. Hacia allá fueron. Buscaron un lugar tranquilo. Se recostaron sobre el pasto. Un árbol les dio sombra. Hablaron de todo y de nada. Proyectaron el futuro. Se dijeron cuánto se amaban. Se besaron. Casi sentía el calor y la textura de esos labios cuando recordaba. Una lágrima acompañada de una sonrisa: “Estoy embarazada”. Ahora él lloraba de felicidad. Luego, la tarde se transformó en una búsqueda incesante de nombres. Su primer hijo. Ella aprovechó la oportunidad. Le sacó la cámara de su maletín: una foto que después colgarían en el pasillo de su casa. Recuerdos, memorias, pensamientos, en cada mirada que daba desde esa silla, desde ese espacio personal.

Así estaba, como cualquier otro día de esas infinitas semanas, cuando de súbito un niño corrió frente a él: buscaba una pelota. Él se levanta un momento de su querida silla. Necesita comprobarlo. ¿Realmente lo vio pasar? Observa. La puerta está abierta al final del pasillo. Un sentimiento juvenil y alegre lo atrapa. Se dirige al jardín. Se asoma y ahí está. Tiene cinco años. Está usando la ropa que le compraron hace unos días. Está todo sucio. Quizás dónde estuvo jugando. Sin embargo, no lo amonestará. Le gusta verlo ahí, lleno de vida; saltando de un lado a otro; jugando. Con entusiasmo le pregunta desde la puerta si puede jugar con él. El pequeño antes de responder cualquier cosa le lanza la pelota. Él la recibe, la mira, sorprendido de lo real que es. El niño se la pide, él se la devuelve. Parece algo simple e insignificante, pero no. Posiblemente sea el juego más importante de su vida. En eso están, cuando el portón se abre de lado a lado. Aparece ella, radiante y con una fresca primavera. Trae de la mano a una niñita, un poco menor que el pequeño Cristóbal. Tiene trenzas y un vestido muy bonito. Rápidamente se suelta y se

dirige hacia donde está su hermano. Le quita la pelota al pequeño. Llantos: se la devuelve. El ancianito permanece absorto, invadido por cierta tranquilidad que lo conmueve. La niñita se acerca a darle un beso.

Sonríe, alguien lo llama desde el interior de la casa. “Amor”, escucha. Sin pensarlo, camina hacia siguiendo esa dulce voz. Se mueve lento, cansado, pero feliz y decidido a responder al llamado. “Amor”, vuelve a escuchar. Concluye que las palabras vienen desde el dormitorio, desde el segundo piso. Con mucho esfuerzo sube las escaleras: lo vale, una última aventura digna de ser vivida. Debe llegar hasta su cama: su alma dice que debe hacerlo, o eso cree escuchar. Al fin. Una mujer desnuda, la madre de sus hijos, lo invita a la cama. Ni siquiera se cuestiona qué está sucediendo. Solo sabe que frente a él está el cuerpo más hermoso que haya visto en su vida; imperfecto y perfecto a la vez. Él la observa desde el umbral de la puerta y queda prendado de los enormes ojos que lo invitan a recostarse con ella. No se mueve, pero de algún modo, se mete en la cama. Ríen, se confunden entre las sábanas, hacen el amor, una y otra vez. Realmente hacen el amor, como dos cómplices de toda la vida.

Casi de inmediato, una melodía de tango lo sorprende desprevenido: el cuarto se llena de Gardel. En el pasillo, más imágenes *sin tiempo* aparecen una tras otra. Su hija, su hijo, su amor lo miran y él los ve, de distintas edades, en distintos momentos. Lo saludan, se despiden. Lo besan, se enojan, se alegran con él. Lunes, martes, miércoles, los recuerdos no se detienen: es una vorágine fantasmal. En su dormitorio, una joven sensualmente vestida lo espera, nuevamente, para dormir, para hacer el amor.

Hace el amor. Celebra su cumpleaños. Presencia el matrimonio de su hijo. Acepta el noviazgo de su hija. Apoya a su hijo cuando su relación se acaba. Se viste para la titulación de ella. Los días en ese *momento* parecen no importar más. Hasta que, finalmente, un vaho de tranquilidad.

La casa vuelve a estar en silencio por un momento. Él observa a una hermosa mujer, de rasgos maduros y tiernos persiguiendo a un pequeño niño frente a él; luego siente un beso sobre su frente. De súbito, el pequeño crece, como en un cuento breve. Ella lo abraza y permanece así junto a él. ¿Acaso percibe su leve aroma a cerezas por algún acto de magia inexplicable? No lo sabe, pero desde su asiento, en esa enorme y vacía casa, su pecho se acelera, junto a una mujer de pelo cano, de arrugas prolongadas y de sonrisa de rubí de pie junto a él, quien lo invita a ponerse de pie. ¿No lo había hecho acaso? Sonríe, se

enamora. Desde su ventana, sin embargo, quien tuviera curiosidad por ver qué sucedía dentro de la antigua casa, solo descubriría a un anciano inclinado sobre su silla, inmóvil, con dos copas frente a él, como si hiciera un brindis en el silencio.

Venezuela

ENTONCES, DÍGAME

—Entonces, dígame, ¿por qué cree que usted merece esta beca? ¿De dónde provienen sus ganas de ser escritora? —preguntó el señor Torres, quien era el que me entrevistaba.

Tal vez él no se había dado cuenta, pero había hecho dos preguntas muy importantes. ¿De dónde provienen mis ganas? O, en otras palabras, ¿por qué quiero ser escritora? Y la otra es mucho más importante todavía: ¿por qué creo que me merezco esta beca?

Lo más probable es, que fuera de esta oficina, justo en la sala de espera, hubiera alguien con mucho más potencial que yo. Alguien que, muy probablemente, escribiría un libro que le daría la vuelta al mundo y solo necesitaba una oportunidad como esta. Una beca para cursar estudios en una universidad de prestigio, la cual le daría lo que necesitaba para convertirse en la gran estrella literaria que estaba destinada a ser.

Respiré profundo e intenté centrarme, manteniendo en calma mis pensamientos. No era momento de trabas ni dudas. Me concentré en las preguntas que me habían hecho.

¿De dónde provienen mis ganas? Fue inevitable pensar en mi infancia. Evoqué a una pequeña de tres años, que aprendió a leer con el clásico libro de *Mi Jardín*. Una pequeña, de cabello castaño oscuro, intenso y salvaje; de ojos marrones, pequeños y curiosos, viendo todas esas letras y palabras que en ese momento eran totalmente confusas para ella, pero que años más tarde serían su pasión y su mundo.

También fue inevitable recordar a una pequeña de siete años, que se aburría de jugar con sus muñecas y buscó en el pequeño estante de la casa algo con qué entretenerse, hasta que encontró un diccionario ilustrado. Sin pensarlo mucho empezó a leerlo, sin entender mucho algunas palabras y definiciones, pero comprendiendo otras a la perfección, a pesar de su edad.

Recordé a una pequeña de nueve años, con el libro de *El prisionero de Zenda* de Anthony Hope. Fue la primera novela que leí en mi vida. La terminé de leer en una semana y me quedé con ganas de más sensaciones, de más sentimientos. Así que busqué otra vez en el estante de la habitación y hallé *Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes. No

recuerdo mucho de esa lectura, solo la frustración de lo poco que entendía la narrativa del siglo XVII. A pesar de los inconvenientes, también lo acabé de leer a la semana.

Después de eso, me recordé a los quince años, más despelucada y reservada. Una joven que ya había leído más de doscientas novelas (sí, las había contado todas y cada una de ellas).

Una joven que pensaba en su futuro y su carrera profesional, a pesar de que faltaban años para ello, pero no le importaba, quería adelantarse, quería saber qué sería de ella en los años futuros. Quería estudiar una carrera que la apasionara, pero que también le garantizara un buen trabajo, no uno aburrido. Por lo tanto, no sería nada relacionado con números, lo que hacía que sus opciones fueran más reducidas.

No fue hasta que pensó lo que se sentiría escribir una de esas novelas que tanto le gustaban leer. De esas que la hacían llorar a las dos de la madrugada con el corazón inquieto; de esas que le provocaban cierto vértigo cuando daban un giro en la trama de ciento ochenta grados. Y así lo decidió: quería ser aquella persona que escribía todos esos párrafos y oraciones que revolucionarían sentimientos e inquietarían corazones.

Pensó en todas aquellas pequeñas historias que sucedían en su cabeza y decidió elegir una idea: tomó lápiz y papel y simplemente decidió plasmar todo aquello que pasaba por su mente. Pensó en todo lo que podría salir mal, pero también en todo lo que podía salir bien. Después de escribir y escribir, se sentó en su cama y se puso a leerlo y vio que había diálogos sin sentido y frases inconexas; sin embargo, le gustó, porque sabía que, con algunos años de práctica, podría lograrlo. Sin más, trazó planes, sueños, metas y rutas.

Y esa niña, esa adolescente, se había convertido en una joven estudiante que, en este instante, estaba sentada frente a un señor canoso. Un profesor universitario que la veía con un signo de interrogación plasmado en la cara, esperando por una respuesta.

¿Por qué me merecía esa beca? Tal vez no me la merecía; tal vez esa oportunidad era de alguien más, con los mismos sueños que los míos. Sin embargo, era yo la que estaba allí; no otra persona, era mi momento de mostrar que tenía el talento necesario para brillar y demostrar de lo que estaba hecha. Y si no lo lograba... Bueno, vendrían más oportunidades en el futuro; solo era cuestión de aprovecharlas.

Pensé y pensé, hasta que con una inhalación profunda sonreí y empecé a hablar.

Al salir del edificio sonreí una vez más. Aquella niña curiosa, soñadora y despelucada estaba logrando sus metas. No importaba si me rechazaban mil veces, iba a lograr mi sueño.

Simplemente, le sonreí a mi futuro.

Colombia

DE ESTACIÓN EN ESTACIÓN

*Dices que una mirada
Habla más que cualquier palabra
Que se pierde en el aire
Pero intento y quiero despedirme una vez más
Y no sabes cómo cuesta mirarte en silencio*

La Chica – Sola (2019)

Yo siempre corro por los andenes de esa estación, porque siempre voy tarde y apurado. Y casi siempre tengo la maldita suerte de ser acompañado por una llovizna matutina que me obliga a acelerar aún más el paso, cuidando al tiempo de no ir a darme en la jeta por un tropezón en el concreto mojado. Pero esa mañana iba extrañamente a tiempo, con el reloj marcando a mi favor y mis tenis blancos aún luciendo impecables. Esa mañana no tuve problemas con el despertador, no me chimbeó el desayuno y tampoco me tocó mamarme una fila larguísima para entrar al paradero de los buses azules. Pude darme el lujo casi inexplicable de caminar en lugar de correr, y de poder sacar un paraguas sin miedo a que lo dañara el viento. Incluso me fue posible estar de primero en la fila del bus ese, y pude coger una de esas sillas grises, para luego dormir lo más de rico todo el camino. O al menos una buena parte.

No pude evitar despertarme al sentir un cuerpo que se apretujaba contra el mío, tan cerca y tan fuerte que era casi como si ese hombro ajeno se fusionara con el mío. Siempre que me pasa eso, o al menos cuando sucede algo similar, me aparto automáticamente del contacto humano que me perturba, y vuelvo a conciliar el sueño apoyado sobre el cristal de la ventana. Pero esa mañana solo pude medio abrir los ojos y volver a caer rendido en la misma posición, manteniendo la conexión con aquella piel que no era mía, pero que se empeñaba en parecerlo. Aún a día de hoy, no puedo saber con certeza cuánto tiempo dormí sobre aquella morfología desconocida, pues cuando logré despertar de nuevo, ya estaba en la estación en que debía de bajarme, y de aquel cuerpo no quedaba ni un solo rastro, pues su lugar ya había sido ocupado por otros cuerpos, y su presencia se había borrado con el paso de los minutos y a través del trayecto.

Caminé por la estación sintiéndome embolado, como perdido y con los ojos cayéndoseme del sueño. Daba pasos pesados, todos desgastados, como cuando me levanto con guayabo después de una noche de farra en el boulevard del río. Pero, con cansancio y todo, no dejaba de darle vueltas a aquel hombro, a esa piel que se fusionaba con la mía, a esa presencia que se desvanecía en los espacios de mi mente, y a esos tantos cuerpos que se habían encargado de borrar cualquier indicio que diera solución a mis dudas y a mi embeleco ¿Quién habría sido? ¿Cuánto tiempo estuvo junto a mí? ¿Por qué estaba durmiendo sobre su cuerpo? ¿Era un man o una vieja? ¿Por qué no pude despertarme? Eran cosas que no lograba recordar, y que por más que pensaba, mientras llegaba el otro bus azul, no lograba encontrar un destello que iluminara aquellos segundos de confusión y de desvanecimiento.

Para cuando dejé de pensar maricadas, ya las puertas de la nueva ruta se habían abierto ante mí, y pude meterme con rapidez antes de que volvieran a cerrarse, y entonces sentí como si todas las miradas se fijaran en mi espalda, como si yo hubiese hecho algo malo, como si tuviera alguna vaina rara pegada en la cara o como si estuviera oliendo a mierda. Sentía cómo todos esos pares de ojos me seguían en cada movimiento, cada paso, cada respiración. Y en especial tenía la sensación de una mirada más fija que las otras, más fuerte, más chismosa, que venía desde una esquina del bus. Era una mirada entrometida, disimuladamente anclada en mí, que me perforaba en medio de las paletas como intentando ver a través de mi pecho y de mis vísceras pegachentas. No me atreví a voltear, no quise mirar. Un miedo tembloroso se apoderó de todas mis extremidades y fui de nuevo incapaz de hacer que mi cuerpo respondiera a mis órdenes, pues cada milímetro de carne y hueso protestaba en contra de cualquier sugerencia de movimiento, de descolocación. Y así me mantuve, tieso como un poste, mientras pasábamos por todo el centro de la ciudad, en medio de los negocios que apenas abrían y con varios loquitos que, llevando costales al hombro, caminaban alrededor de las vías. Pero yo iba como caballo, mirando hacia el frente sin rechistar, mientras que esos ojos inquisitivos y punzantes se metían entre mis costillas y hurgaban en mi interior.

El reloj seguía marcando a mi favor, tenía el tiempo tan de mi lado que perfectamente hubiese podido desviarme de mi camino habitual para huir de aquella mirada, y aún así hubiese llegado puntual a mi destino. Pero por más que intenté poner mis pies en marcha, o al menos mover mi cabeza hacia algún lugar, solo podía limitarme a observar mi reflejo en el cristal de la ventana, ese que me rebotaba la mirada y me atravesaba también por el

pecho. Estaba allí empalado, por dos pares de ojos que se desafiaban en silencio, sin saberlo, sin mirarse se observaban, y yo solo era el medio del encuentro. Un espacio en medio de otro espacio que se movilizaba; un tiempo para una acción; yo solo era una vaina para otra vaina, una vuelta que nunca sucedió. Recuerdo que ese bus avanzaba y paraba de estación en estación, las personas se subían y se bajaban, los semáforos cambiaban, el día iba aclarando y yo no dejaba de sentirme fusilado por esa persona que me miraba desde atrás.

Hasta que ya no la sentí. De un momento a otro se esfumó, como se pierde la esperanza de repente, o como se abandona una ilusión. Así como se me apagan los puchos, se apagó esa sensación de ser observado cuando nos alejamos de la penúltima estación. Por fin tuve los huevos de mirar al rincón, y ya no había nadie ¿O quizá nunca lo hubo y yo solo andaba de marica creyéndome cosas por huevón? En ese momento lo único que supe fue que en pocos minutos debía de bajarme, y me aproximé a las puertas como lo hago siempre: revisé que tuviera todo en mis bolsillos, que la ubicación fuera la correcta, que aún estuviera llegando a tiempo y que nadie cerca me fuera estorbar la salida. Como siempre, salí de forma tranquila y me encaminé hacia las puertas de la estación, pasando entre las personas que iban entrando y saliendo, en la misma repetidora en la que andaba yo.

En la calle, mientras caminaba en vez de correr, y mientras pasaba junto a las personas en lugar de esquivarlas en una carrera contra el reloj, el cuerpo se me hizo liviano, y los pies flotaban en vez de caminar. Los brazos se me movían con tanta facilidad, que me sentía como hecho de agua pura y clara, de llovizna matinal. Los pensamientos me estallaban todos al tiempo y la sensación de llevar a alguien detrás, extremadamente cerca, volvió. Pero ya no pesaba ni punzaba, no quemaba ni atemorizaba. Mi piel se fundía con otra piel, mis ojos eran otros ojos que me observaban, mis pasos se sincronizaban con otros pies, y mis manos abrazaban otro cuerpo, mientras el mío era abrazado desde atrás. Veía en todas las personas que pasaban un rostro familiar, de cejas finas, sonrisa amplia, ojos oscuros y nariz torcida que señalaba a algún lejano lugar. Sentía que conocía a todas las personas, que a su vez eran una sola y me conocían a mí. Me supe reconocido, recibido e identificado, en rostros ajenos que de alguna manera me pertenecían, porque eran otros rostros, pero al mismo tiempo eran míos y solo míos, pero por ratos ligeramente compartidos.

Caminé y caminé sin rumbo definido, siguiendo cada rostro que me sonreía, y que me indicaba a dónde ir. Doblé en esquinas, subí, bajé, paré y volví a andar. Crucé puentes y avenidas, y vi muchos buses azules pasar. En cada cristal, charco o espejo veía el mismo rostro de cejas finas devolverme una sonrisa, guiñarme un ojo o simplemente sostenerme la mirada hasta que yo ya no alcanzaba a divisar forma alguna en aquel reflejo, que era mío, pero que era ajeno. Que se fundía con mi piel y con mis huesos, en cada paso, en cada exhalación y suspiro. Cuando por fin paré, me encontraba solo, pero extrañamente acompañado, por alguien que siempre andaba atrás, mirándome fijamente entre las paletas de mi espalda, intentando observar en medio de mis entrañas y de perforar cada pequeña parte de mi cuerpo hasta pasar al otro lado con sus ojos puñal. Pero me gustaba, la sensación me adormecía el cuerpo que ya estaba cansado de tanto caminar. Y me dejé alcanzar, por ese alguien que era yo, que desde mis ojos me observaba, que desde el espejo me devolvía la mirada, porque esa mañana iba extrañamente a tiempo, con el reloj marcando a mi favor y mis tenis blancos aún luciendo impecables. Esa mañana no tuve problemas con el despertador, no me chimbeó el desayuno y tuve que correr en vez de caminar. Esa mañana incluso pude darme el lujo de mirarme por horas, ahí parado en el espejo, en un reflejo que era ajeno, pero que extrañamente era yo.

España

EL RECUERDO DE TABARCA

La isla me pareció cercana, aun así, no pensaba visitarla, no es que me diera miedo el barco, pero me mareaba, y el mar estaba algo picado, su espuma blanca estaba a la vista, no entraba dentro de mis planes pasar un mal rato por ver la isla de Tabarca. Sin embargo, él me llevó al castillo y al mirador panorámico. Las vistas eran atractivas, invitaban al relax, apetecible en buena compañía, y en ello pensé en ese momento cuando mi mirada se perdía en el ancho mar azul, en movimiento constante con el vaivén del agua casi me mareaba, y él me cruzó los brazos por la cintura asiéndome hacia él, sin decir palabra alguna y comenzó a besarme por detrás en el cuello. Debí erizarme porque en ese momento un escalofrío me estremeció, me volví para él y lo abracé con impulso amoroso. Me agarró la mano con fuerza y salimos de allí en busca del barco que va y viene continuamente a la isla, y sin preguntarme nos vimos en el embarcadero subiendo al barco en dirección a Tabarca. No puse ninguna dificultad a la excursión, pero, aunque la hubiera puesto, no habría tenido tiempo de plantear siquiera la discusión. Lo cierto es que, arrullada por el bamboleo del barco al compás de las olas, no solo no me mareé, sino que me embelesé, y mientras me daba la brisa en la cara me sentí privilegiada de poder hacer la excursión con el hombre con el que me había casado hacía solo doce días y del que estaba perdidamente enamorada. La llegada a Tabarca fue espectacular, la isla estaba casi virgen, el turismo aún era sostenible, no había empezado la masificación; nos dirigimos a encargarnos de la comida al *barito*; para las tres nos dijo la señora que nos atendió, estupendo, le contestamos. La isla es pequeña, pero recorrerla a pie lleva su tiempo. Nos cogimos de la mano como si no quisiéramos soltarnos más y comenzamos la visita. Fuimos a la iglesia de San Pedro y San Pablo, al Faro de Tabarca, y a la Torre de San José. Cuando acabamos las visitas nos dimos un bañito en la playita de arena dorada, que había cerca del bar y Pablo se acercó y trajo dos cervezas heladas que nos supieron a gloria. Hacía bastante calor, era finales de julio y el verano estaba en pleno apogeo. En el bar había un televisor en blanco y negro, y mientras comíamos el arroz con marisco de la isla, que había preparado la señora, oíamos las noticias. Me fijé en que estaban diciendo que Franco estaba malo, casi agonizando, acallé mi pensamiento, no procedía hablar de ello en un bar, nunca sabes a quien puedes tener alrededor, pero lo cierto es que ya era hora que ese señor se fuera a donde se tuviera que ir y dejara que esa España nuestra tomara un cariz de *normalidad*. Pablo se dio cuenta y me miró con ojos inquisitivos temiendo que yo

dijera algo, pero le hice una señal para que se quedara tranquilo. En esos momentos en el país había miedo con lo que pudiera pasar cuando el Caudillo muriera y lo estaban alargando al máximo, esto es una suposición mía, porque no querían que se fuera y dejara a España huérfana según oía en algunos círculos. Había que ser muy cauto al hablar, en especial si no eras adepto al régimen, porque si decías algo que no gustaba, según en qué círculos, se te presentaban de repente los de la gabardina, y sin preguntarte te decían: «acompañeme», y a saber luego lo que pasaba, porque garantías, cero, ninguna. Entonces con la boquita cerrada a todas partes y todo estaba bonito.

Terminamos nuestro arroz que estaba exquisito, con un vaso de gazpacho previo y unas natillas de postre, todo de lujo pese a ser un bar pequeño, y agradecidos con la señora Luisa, que nos atendió de maravilla. Firmamos en un libro de visitas que había a la entrada del bar, sobre un cofre de madera oscura estaba el libro con hojas amarillentas, y con tapas duras de color rojo: «Un placer visitar la isla de Tabarca: Cora y Pablo», escribimos y firmamos. Volvimos hacia el embarcadero para tomar el barco de vuelta a Santa Pola. Ya sentados en el banco de madera, arrancó motores y sentimos el vaivén de las olas. Se divisaba una vista de la costa mediterránea espectacular: cabo de la Nao a lo lejos, Alicante y Santa Pola destacaban más cercanos. Pablo me asió hacia él con el brazo por encima, y me acurruqué en su pecho oyendo sus latidos y notando cómo se iban acelerando mientras me susurraba al oído palabras bonitas de amor y algunas estrofas de la canción que tanto nos gustaba a los dos: *Mediterráneo*, de Serrat, el cantante de moda. Me hice la adormilada para evitar que siguiera latiendo de esa forma y no se pudiera contener. Me daba mucha vergüenza que la gente del barco notara lo embobada que estaba. Pero Pablo no se cortaba y pese a todo seguía murmurando y buscando mi boca hasta que la encontró y allí mismo me besó con suavidad como lo hacía él y con pasión desenfadada, no sé cuánto tiempo estuvimos así, pero cuando me di cuenta ya estábamos en el embarcadero de Santa Pola. Noté que algunos indiscretos nos miraban un poco descarados, yo creo que tenían envidia, pero como no conocía a nadie no me preocupé mucho, aunque sí me dio un poco de vergüenza, pero y qué, estábamos en nuestra luna de miel, y liberados sin gente conocida, «no es nada malo besarse, Cora», eso me decía Pablo. La verdad es que ni por asomo pensaba en ir a la isla, y cómo la disfruté y qué bonito fue el viaje en barco, lo tendré siempre en mi recuerdo. Nos quedamos el resto de la tarde visitando Santa Pola, es una ciudad pintoresca, cerca de Alicante, con una gran playa, donde se hacen los mejores y variados arroces; los helados también son deliciosos

y lo primero que hicimos fue ir a por uno, que saboreamos paseando por sus animadas calles gozando de un auténtico placer. Al anochecer marchamos a Benidorm, que es donde teníamos la habitación, y pasamos dos días más allí, disfrutando de sus magníficas playas. No era un hotel, sino un hostel, pero estaba limpio y tenía baño en la habitación, la ventana daba a la playa de Levante, y por la noche contemplábamos la luna llena que se reflejaba en el mar, dejando un halo blanco que llegaba hasta la arena, iluminando un sendero hasta los neones de colores de la avenida por la que habíamos paseado hacía un rato. Nos juramos amor eterno en aquella avenida, con las manos entrelazadas y mirándonos fijo a los ojos. La brisa marina nos refrescaba la noche y el lugar era de una belleza incomparable, mi querido Benidorm. Recuerdo que se me escapó una lágrima que Pablo se bebió, «está salada», me dijo, y yo media inocentona me reí con lo que él aprovechó para cerrarme la boca con un beso, decía que le encantaba besarme cuando me reía, cuando tenía la boca abierta con mi hilera dental alineada y blanca como la nieve, que destacaba en mi cara morena del sol, porque mi piel es blanca como la leche y mi pelo negro azabache como la noche sin luna, todo esto me lo decía Pablo cuando se ponía meloso a describirme. Palabra tras palabra han quedado archivadas en el cofre de mi memoria para la eternidad. Todo esto que cuento es a través del recuerdo porque un día Pablo se marchó y me dejó sola en el infinito de mi vida, no sin antes despedirse y decirme todo lo que un hombre enamorado le puede decir a su amada. Sé que siempre me esperará y que por donde esté me guardará un sitio a su lado para pasar juntos la eternidad. De vez en cuando me envía alguna señal que yo recojo unas veces con lágrimas y otras con risas, depende del momento. Pablo es lo mejor que ha pasado por mi vida y este relato va para él como regalo del mundo de mis sueños.

Colombia

CAMINANTE.

Hoy, sin saberlo, ha venido entre mis ropas el "ángel" de la muerte, saltaron los pies a la tierra sin tocarla y mordieron al viento, quebraron la luz de la mañana y el rocío, y todo mi universo el que acoge y reconforta los dones de la vida, caí sobre sus ejes de náufragos y ángeles, cualquier intensidad acerca del dolor fue cierta y ocurrió temprano, excesivamente pronto, cuando los hombres y relojes sucumben a las horas y al vuelo incontenible de la libertad.

Pero qué he de sentirme mal, si soy el mejor, doy todo lo que soy, lo que mis limitadas capacidades pueden ofrecer, ¿será que no soy suficiente? Temo, si así es, solo espero poder comprender este punto, que me acribilla y quema mi pecho, es inevitable e increíble no pensarlo, es tan triste la vida de verdad que no la comprendo, la triste levedad del ser: Estoy de pie junto a mi mismo y el tiempo se me acaba, pero no, he de esperar, he de aguantar, he de seguir de pie, y de seguir siendo luz... hasta morir, hasta ser recordado como un mal sueño delicado y fantástico. Estoy de pie junto a mi mismo y el tiempo se me acaba.

Mientras mis ojos se cierran y mi mente confundida solo quiere descansar, es tan solo "La triste levedad del ser".

Al día siguiente...

Hoy mi cuerpo está cansado, el pensar sobre mis andaduras, flores vivas, constantes tumbas que mi alma abarca, testimonios míos en silencio, sobre mis ataduras sin amarras, secas voces, sobre todo mi ser, cerradas puertas, más qué espíritu, soy humano, con las alas yertas, podría levantarme, pero hay voces que no me dejan, al cabo ya conoces y si, aquí estás tú, alma mía, trajiste cantos a mi alma, pura calma, donde abriste cauces, pusiste ríos, y qué fecundidad tras el aliento, qué dulzura, tras un soplo de viento, cuando han nacido brotes y son míos, son tuyos. Entra el sol por la ventana y de repente, un rayo indescriptible cruza y redescubre las cosas, los pensamientos. Yo sé que tras la paz y el reposo, tras el fragor del fuego, nace el grito indigente de la vida, el mismo que emergió hacia el aire y describió los ecos que anunciaron y concretaron el mundo, cuál fuego lejano que ordenan mis fuerzas.

En mi audiencia destellan las auroras del alma, las mismas que ahora desdichadas y enfermas, aún describen silencios inmensos tras este instante total, indescriptible y hermoso, e incluso comprender los caminos de la percepción si, el comportamiento del mundo, es simplemente efímero, y es de comprender este pequeño punto y así, simplemente llegar a ser feliz. Hoy abrazo el tiempo a manos llenas y de él bebo lentamente hasta saciarme.

Cuál camino sin pasos estrechos, cuajados de lunas fantasmales. Esta mañana volarán las horas, pues he visto las flores arrastrarse tras los muros, buscando la otra cara del sol tendré a media hasta la sonrisa eludiendo el tiempo que me acompaña, taparé las brechas con barro echando tierra, pues las horas de la vida suceden, como los pensamientos dentro de un sueño, no quiero ya sentirme opacado en este mundo, simplemente quiero “caminar” en estos corredores ruidosos de claros y negros días, entre sombras y sueños llenos de senderos, quiero quedarme a recitar algunos versos entre las largas noches de invierno cuyas letras nada tengan que ver con modas pasajeras.

Pues ¿para qué, para qué habría de querer escribir versos, de este tipo, ¿cómo construir una nueva visión si todo se desvaneció? Analízalo.

¿Con qué día a día y hora a hora perdemos guerras persistentes, trágicas e íntimas?, pero en tanto, y a diferencia de yo querida mía, no estoy atado al mástil de estas tierras y mares indispensables. Antes bien, ven a luchar conmigo porque la cima de los muertos es oscura y profunda y, a pecho descubierto tendremos que entrar en ella y vencer. Déjame morir después, aún retornar y deambular por estrechas y diminutas calles y “caminos”, aquellas que acuden a grandes plazas fuente en busca de paz y libertad, no, no quiero una visión, quiero simplemente una vida contigo, apenas soy hombre, soy tu compañero, soy tu ney, ¿ah?, ¿qué haría?, ¿qué haría yo sin ti?

A lo mejor, a lo mejor no es tarde, por lo tanto, haría bien en coger la paciencia, y en base de gastarla contra los huesos y la mente, mejor intentar conseguir que me abra el mundo y ver que aún resisten mis hombros, teniendo en cuenta la esperanza. Podría descubrir así nuevos caminos los cuales, no serían tan malos, y sí, aún tengo miedos, pero es bueno, me mantienen alerta y creo que me empañan de alegría.

A lo mejor no es tarde y deba abrasar las manos para encontrar mis huellas por la sangre, o tal vez sostenga tus manos como los pensamientos dentro de un sueño, ¿es lo mismo?, es como caminar con ropa puesta y andar de acá para allá rehabilitando iras, destrozos y tiempos muertos, o a lo mejor, ya estoy aprendiendo a valorar cada instante como el último momento, o a lo mejor, estoy en construcción, a no tener rencor, a ver el panorama del pasado como un nuevo principio, los principios, eso absolutamente con que lograr vivir.

Pensamientos efímeros llegan a mí, oh fuego íntimo, el que en verdad purifica mi corazón y vida, como cuando te beso y abrazo, ahora en este mismo instante que conscientemente resucitó. Mis pensamientos efímeros, ya los extraña un poco. Densa es la noche, miro al cielo con el ser dentro de mi pecho, una sonrisa genuina se asoma de mí, escuchá la levedad del camino.

Pregunto - ¿dónde estoy – me digo – y Dios es este lugar donde nacen las cosas que se sienten?, me sube tan alto, que me ahonda y guarda en este lugar. El cuerpo suena ante tanta inmensidad, me atenaza y ciega el pecho como una brizna, ¿Quién, quién soy para estrenar la vida en esta quietud del mundo y ansiar un vuelo como de esperanza? Simplemente no lo sé.

Al amor del sendero, las *luciérnagas* gritan con su pequeña luz mientras conmigo va a mi lado el ser que me inspira a seguir el camino, ahora el camino es como la vía láctea, sigue enorme y alto, y mi Dios querido nos entrega sus racimos celestes para que aquí, tan lejos, no me pierda del sendero.

Esta noche ya no podré olvidarla. Ella es mi camino, hay que mencionar por este escrito, que más que un escrito es mi vida, mi alma, mi ser, que un día no muy lejano tendré que volverme a perder, y solo tú sabrás el camino que lleva hasta mi integridad, pero no te preocupes por mi doncella hermosa, no es mi intención hacerte daño, pero de verdad es necesario, déjame recordar en voz baja momentos a solas, no sé cuanto tiempo me lleve, tal vez muera en las dulces noches, y al otro día nuevamente habrá mis ojos y te recuerde.

Y sienta mi corazón latir nuevamente, “Sigue el arcoíris, 2020/02/ 15 / 17:42. Hasta llegar a mí”... Mi bosque, C O B O..., si en ti existe amor ven y tráeme una...

Acuérdate, gota de agua, de que hemos vencido al mar, al desierto, atravesado días bizarros, melancolías épicas de sangre y soledad, acuérdate amiga, en el trayecto, para llegar aquí – yo en ti y tú en mí, se ha convertido este breve encuentro en inmortal y que en mi mano ardes cuál fuego divino, cuál resplandor de vida, cual piedra roja o blanca, pero pura y viva, esta tarde conmemoremos pues, es tu resplandor, esta fuerza íntima que nos hace hablar cual sentimiento y resurrección del mundo, aunque esta tarde, no obstante, ¡oh divina compañera!, de nuevo debemos proseguir debemos irnos, nos están llamando las lumbres de esta edad, las mismas iluminaciones que han deparado y traído a ser este instante hermoso, te dejaré en el aire, pero partiré contigo,

El duelo de nuestro amor no tendrá miedo, aunque nunca hay que dejar de tenerle miedo a la dulce furia del “sueño en tiempos de agonía” aún no, pero luego sí, seguiremos adelante y cumpliremos muchas cosas fantásticas. Es para ti, alma mía, qué lloras porque estás despierta en un túnel sin vislumbrar sus paredes mientras ruedas y ruedas por la infinitud de un tren que no se para nunca y en el que falta aire, la luz no llega, y no aparece la puerta ni la desesperación última qué, si no es valor, solo atrae silencio final o desmesura, y no tendrás mi duda contra ti aunque te vea correr de acá para allá, libre, por este tren o túnel de papel, de tiempo y amor cual cáliz civil y santo, pero sabes bien que puedes parar la exactitud y salir de los trenes oscuros, de las limitaciones móviles y del crudo paroxismo de las inhibiciones, pero antes, desolada y libre y digo y diré libre, libre y libre – habrás de digerir las negras mariposas que enturbian el control del pensamiento porque, donde crees que estoy, no estoy, y el amor que acongoja mi corazón, ah, nunca, nunca sabrás cómo es en mí esta tarde, así, y sin reproche alguno, saliendo del fervor de mi lluvia, podrás tomar y seguir siempre el indestructible y magno vuelo de tu libertad.

México

COMETA AZUL

(Con respecto a esas vagabundas noches)

*A ritmo de
las
notas
musicales de
«All Those Years
Ago»...*

¡Murió lo inmortal!

No obstante, ocurrió lo supuesto imposible de suceder: el amigo quimérico lo hiciste realidad. Y muy a pesar mío, respecto a la deducción de que la amistad no existe, fuiste el prodigio en la regla; el hecho de que tú y yo caminásemos en lo nocturno, ha zanjado el camino para que en el mañana, solitario lo haga en representación de ambos.

En el hoy, la melancolía y nostalgia han sombreado esta alegría, dicen notarlos en mí mirar los que nos quieren. ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué me dejaste solo? ¡¡ ¿Quién te crees para haber muerto sin mi permiso?! Me pregunto rabiado. Sin embargo, después llega la serenidad y con esto la reflexión, y ya no es así. Sé que no tuviste la culpa; o tal vez sí, pero ya no importa, ahora comprendo que mi deber será hacer de esos paseos noctámbulos –los cuales eran mágicos, casi viajes fantásticos– dignos, no de cualquier otros, ¡dignos de nosotros!

Andrés, el que nuestras historias hayan coincidido, es como aquel encuentro histórico en esa legendaria iglesia de Woolton, Liverpool, entre Lennon y McCartney, solo así y con esto, puedo comparar nuestro acontecimiento, así fue para mí de trascendental.

¿Ahora? (*Suspiro*) ahora te confío que lo que me reste de vida continuaré siendo ese animal nocturno, en tu honor y en el mío. Transmitiré el mensaje, nuestro mensaje, a las futuras generaciones juveniles acerca de lo que significaban nuestras salidas. Tal vez soy demasiado emocional, más la imaginación me susurra que las calles oscuras nos extrañan,

¡que anhelan vernos juntos otra vez! Pero aunque ya no nos observarán a los dos, contemplarán por lo menos a uno como consuelo, con todo, ese solo llevará tu locura, simpatía y gestos; irradiaré fragmentos de nuestra forma de ser, para que la ausencia pase un tanto inadvertida ante ellas.

Amigo, hermano, trasciende en paz adonde sea que vayas.

Por una última vez sé fiel a tu esencia e infringe la norma por mí, apartándome un lugar junto a ti, ya que la vida sin tu luz ni tu sombra, no es igual. Me ofreciste una posibilidad, me brindaste otro rumbo, abriste la puerta para que mirara un nuevo sendero luminoso. En mí existe un antes y un después de ti, porque devolviste reluciente, el reflejo opaco y olvidado de mi interior, siempre te estaré agradecido por ello; por lo que he decidido que la existencia que aún me queda, te viviré, viviendo al límite.

En verdad no creo permanecer por mucho aquí, así que vete preparando, ya que pienso alcanzarte para que una vez más, nos lancemos a conquistar ahora nuevas calles con nuestro desmadre (calles divinas o infernales, según sea el caso donde estés).

En esos paseos nocturnos, es adonde más cerca he experimentado a Dios en todas sus expresiones.





Azul Oscuro